

Selecta

Kathia Iblis

A man in a red and gold medieval-style cape and armor stands next to a white horse, looking at a woman in a red dress. The scene is set outdoors with greenery in the background.

*El corazón del
caballero negro*

El corazón de un libertino VIII

El corazón del caballero negro

El corazón de un libertino 8

Kathia Iblis

Selecta

*Para todos aquellos caballeros que caminan entre
nosotros, ocultos bajo las ropas más mundanas.*

«Ser hombre no debería significar nunca un impedimento para actuar como un caballero».

José Saramago

Prólogo

*M*arzo, 1872

Londres

Residencia Leith

Randolph Leith se paseó por su estudio mientras su esposa le preparaba una taza de té en un intento por calmar sus nervios. Y tenía sobradas razones para tenerlos. Con siete hijas y ningún prospecto matrimonial a la vista, era una situación que le estaba quitando el sueño. En especial dado que sus dos hijas mayores ya se hallaban en su última temporada. Pronto pasarían a ser consideradas irremediablemente solteronas y luego de eso tan solo podrían oficiar como chaperonas para sus hermanas menores.

—Randy, cariño, necesitas calmarte. Ya hallaremos una solución...
—le susurró su esposa mientras le alcanzaba la cálida infusión, aunque su mirada era un reflejo de la suya.

—Pronto dos de nuestras hijas se volverán oficialmente lo que todos susurran... un par de solteronas. ¿Y entonces qué va a ocurrir con ellas? No voy a vivir eternamente y tampoco es justo que si alguna de sus hermanas logra un matrimonio decente tenga que cargar con la responsabilidad de cuidarlas.

—Querido, por favor...

—Martha, estamos desesperados, apenas podemos mantenernos como estamos. Y nuestras hijas fueron educadas para ser damas de sociedad; si al menos hubieran recibido algo de instrucción como institutrices, podría morir tranquilo que sabrían cómo defenderse.

La mujer suspiro con pesar mientras se ponía a revisar la correspondencia recientemente recibida. No es que fuera a encontrar alguna solución en la misma, pero le daba algo para hacer a sus manos, que eran incapaces de estar ociosas.

—Si tan solo tuviéramos algo de ayuda...

—¡Randolph!

El grito de la mujer lo sobresalto haciendo que se volcase parte del contenido de la taza encima de la ropa mientras maldecía.

—Randolph, tu hermano... —Ahora su esposa lo miraba con el brillo de lágrimas en los ojos mientras extendía una carta abierta en su dirección.

—Sabes que no puedo ver nada sin mis lentes —respondió con cierto temor en la voz. Su hermano casi ni mantenía contacto con ellos; para que su esposa estuviera teniendo semejante reacción las noticias, no podían ser para nada buenas.

—«Mi querido hermano» —comenzó a leer la dama luego de unos instantes en los cuales logró recomponerse—. «Espero te encuentres gozando de buena salud. El motivo de esta breve misiva es para comunicarte que he sido informado del apuro en el que te hayas y es mi deber informarte que cuentas con mi asistencia en cualquier manera que la necesites. Insisto en ello. Ya que no he sido bendecido con una progenie propia, considero mi responsabilidad el velar por el bienestar de mis sobrinas».

Por primera vez en años el locuaz hombre se halló sin palabras. Lo último que esperó recibir por parte de su hermano era alguna clase

de ayuda dado que Henry Leith, el barón de Burgh, jamás demostró ningún interés en ellos desde que él se casase con Martha, a quien consideraban de una clase inferior a la de ellos tan solo por ser la hija de un caballero.

—Randolph, si esto es verdad...

—Lo es, querida, mi hermano jamás ofrece su generosidad de esa manera. O por lo menos jamás lo había hecho antes.

—Entonces debemos aceptar.

—No es como si tuviéramos otra opción —murmuró mientras tomaba asiento en el sillón frente al hogar, su mirada perdida en las llamas.

—Entonces... hay que presentar a todas las niñas juntas.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste. Con él como respaldo recibirán todo tipo de invitaciones. Su título nos abrirá puertas que hasta el momento habían estado cerradas para gente de nuestro estrato.

—Pero ellas...

—¿Qué ocurre, cariño? —La dama, preocupada, le aferró una mano intentando dilucidar qué le ocurría a su marido y su falta de entusiasmo ante tan inesperada, pero más que bienvenida, ayuda.

—No quiero que descubran lo insignificantes que son en comparación con el resto de esas jovencitas de alta sociedad. Recuerda que las que no provienen de familias nobles son herederas por propio derecho. ¿Qué tienen para mostrar nuestras hijas?

Martha Leith suspiro, consciente de la verdad en las palabras de su marido, pero la realidad era que no tenían opción. Si deseaban dejar a sus hijas bien acomodadas, debían aprovechar el generoso ofrecimiento del barón y presentar a las otras cinco muchachas en sociedad. De esa manera todas tendrían una oportunidad para atrapar un buen partido o, al menos, uno que fuese lo

suficientemente decente como para, de ser necesario, ofrecerles un techo a las restantes hermanas.

Porque una vez que Randolph falleciera, todo lo que poseían pasaría a un sobrino distante del que no se sabía casi nada excepto que la única vez que apareció de visita dejó en claro que todas ellas perderían su hogar porque él no aceptaría tenerlas viviendo bajo su techo.

—Randolph... por favor... Es nuestra única oportunidad.

—Lo sé, Martha, lo sé —reconoció el hombre dándole unas suaves palmadas en las manos mientras se levantaba de su asiento—. Entonces supongo que escribiré a mi hermano agradeciéndole su generosidad y poniéndome a su absoluta disposición en caso de que necesite asistencia con algo.

—Cariño...

—Todo va a estar bien. Vas a ver —le dijo con más confianza de la que sentía—. Al menos Harriet y Franny van a estar aliviadas de ya no tener que estar intercambiando vestidos y realizándoles modificaciones a los antiguos que tienen.

—Franny puede ser, pero Harriet... creo que ella ya está resignada a permanecer soltera.

—Eso es absurdo. ¿Cómo puede un hombre no apreciarla por el tesoro que es?

—Porque esos caballeros no son tú, su padre —le susurró la dama mientras le daba un breve beso en la mejilla—. Pero nuestra segunda hija tan solo ve cómo evento tras evento es la única joven que jamás es invitada a bailar. Incluso Franny ha recibido alguna que otra invitación.

Lo que ninguno de los dos se atrevía a mencionar era que no había nada realmente admirable en el aspecto de su hija. De hecho, las demás poseían un aspecto sencillo y que quedaba fácilmente

opacado por las riquezas, títulos y vestiduras de las restantes jóvenes casaderas.

—Estoy seguro de que mi hermano no reparará en gastos, pero quizás deba ser más sincero respecto a cuál es realmente nuestra situación, Martha.

—Confío en ti. Haz lo que consideres mejor.

Mientras abandonaba el estudio, la dama agradeció su buena fortuna y que su esposo lograra terminar de conversar con su hermano para que les permitiera presentar a sus hijas en sociedad.

Capítulo 1

Residencia Wentworth

Harriet Leith sonrió a su amiga Olivia mientras ella le servía una nueva taza de té. Luego de otra deprimente noche como la anterior el pasar una agradable tarde junto a la joven realmente le había mejorado el ánimo.

—¿Realmente tus padres piensan presentar a tus cinco hermanas a la vez?

—Sí. Sé que suena a que es una locura pero parece que mi extraviado tío decidió tener un ataque de conciencia y se ofreció a ayudarlos, así que mi madre consideró que lo mejor sería presentar a todas a la vez.

—¿Ya lo saben ellas?

—Sí. En casa mantener un secreto es más difícil que obtener un abalorio en el budín de Halloween. —Considerando lo fácil que eso era, dejaba en claro que nada se mantenía oculto por demasiado tiempo en su hogar.

Olivia se sentó con lentitud; aunque su embarazo no estaba en un estado muy avanzado, el médico familiar sospechaba que se trataba de mellizos, su vientre estaba algo más que prominente y, a

diferencia de la mayoría de las damas, ella se había rehusado a mantenerse oculta como si tuviera alguna clase de enfermedad contagiosa. Y su esposo, el conde de Pembroke, había respaldado por completo su decisión. Todos sabían la devoción que sentía por su esposa y que era capaz de hacer lo que fuera por verla feliz.

—Te ves radiante.

—Mi madre dijo que mi estado le hace eso a una mujer, aunque hay mañanas que me siento todo menos eso.

Con una madre como Martha la realidad era poco lo que Harriet ignoraba sobre la anatomía femenina porque, a diferencia de la alta sociedad, su madre siempre quiso que tuvieran plenos conocimientos sobre todo lo que ella consideraba esencial. Por lo visto, Fátima, la madre de Olivia, era del mismo pensar así que la joven sonrió a su amiga mientras asentía. Los malestares matutinos no debían de ser nada agradable.

—¿Te enteraste de lo de lady Willoughby? —le susurró Olivia como temiendo que alguien fuera a censurarlas por hablar el tema en voz alta.

—Sí. Madre no podía creerlo.

—Celebrar igual su cumpleaños pese al fallecimiento de su marido.

—A mí no me sorprende. —La inesperada llegada de lady Emma, la hermana mayor de Olivia, sobresaltó a ambas jóvenes—. Esa mujer es una arpía sin corazón. Según los rumores, tiene puesta la mira en el nuevo heredero del barón... un oficial retirado.

Ambas jóvenes la miraban sorprendidas.

—Lo apodan el Caballero Negro. Parece que se ganó ese nombre por sus actividades. Hay rumores de que perteneció al servicio secreto de su majestad.

Harriet ignoraba cómo Emma parecía estar siempre al tanto del todo hasta que la vio enseñarles un diario plegado en dos y frente a

sus ojos con lentes apareció el título: «¿Quién es el Caballero Negro?», una columna escrita por la misteriosa lady Featherstone.

—¿Por qué lees esas cosas, Emma? Apareció de la nada y ahora de repente tiene su propia columna.

—Sus rumores son siempre ciertos, hermanita.

—¿Y eso hace que lo que escribe esté bien? Porque estoy bastante segura de que no te gustaría ser el tema de su columna —le respondió Olivia con obvia molestia y grandes dosis de preocupación.

Harriet la comprendía. Desde su llegada, Emma parecía haberse vuelto un imán de escándalos; si ahora encima había alguien que decidió que sería divertido dejar en evidencia a la alta sociedad inglesa, era algo, como mínimo, preocupante. Por un lado, agradeció que su familia no estuviera en el epicentro de la cuestión porque la decisión de sus padres daba pie a todo tipo de rumores, afortunadamente, en su mayoría inocuos, pero nunca faltaban las personas malintencionadas que aprovecharían la situación para sacar alguna ventaja.

Suspiró con pesar, preocupada, y no supo que lo hizo hasta que sintió un suave apretón en la mano por parte de Olivia.

—¿Tu padre conoció al difunto barón?

—De jóvenes... Pero me dijo que siempre fue una persona desagradable. Martirizaba a cualquiera que no considerara que estuviera a su altura, y de adulto no cambió en lo más mínimo —admitió Harriet acomodándose mejor los lentes sobre el puente de la nariz mientras se apoderaba del diario y comenzaba a leer la columna—. Pero según esto, su viuda es de la misma calaña.

—No quiere perder su estatus y está dispuesta a abrirse de piernas para ello.

—¡Emma! —inquirió Olivia alarmada.

Pese a estar acostumbrada a la franqueza en una mujer, Harriet no pudo evitar sonrojarse ante semejantes palabras, pero continuó leyendo y supo que Emma probablemente estaba en lo cierto. A lo largo de las temporadas había escuchado diversos rumores sobre la dama y ella misma en más de una ocasión la había visto escabulléndose con algún caballero en las sombras de la terraza.

—¿Van a ir a la fiesta?

—Wulf prefiere que no viajemos lejos en caso de necesitar al médico —le respondió Olivia indicando su vientre—. Pero Emma estará allá acompañada por Andrew y sé que lady Selene irá con su madre y con lady Clarisse. Sé que varias de las casi floreros también irán.

—¿No sabía que fueran amigas?

—No lo son. Lady Willoughby fue mala con nuestra madre, así que ellas van para recordárselo, y considerando que los eventos van a durar dos semanas, diría que la dama va a sufrir suficiente recordatorios de varias cosas.

—¿Creen que lady Featherstone estará ahí?

—No tengo ninguna duda de ello. O uno de sus espías.

—¿Espías?

—¿Qué otra explicación puede haber para la manera en que siempre parece saberlo todo? —inquirió Emma para luego encogerse de hombros, despedirse y marcharse en dirección al piso superior.

—¿Me harías un favor?

—Lo que sea—se apresuró a responderle Harriet sabiendo que lo que su amiga fuera a decirle era importante.

—Vigila a Emma.

—¿Temes que ocurra algo?

—Es que... Emma tiene esa habilidad para atraer los problemas.

—Pero Andrew estará ahí.

—Él quiere participar en las actividades. Conoce al Caballero Negro. Parece que son viejos camaradas y no quiero que se vuelva loco de preocupación por Emma. Además, sé que ella te aprecia. Entonces, ¿lo harías por mí?

—Por supuesto. No es como si los hombres estuvieran intentando derribar mi puerta abajo clamando por mi atención —respondió Harriet, siempre práctica y forzándose a ignorar la molestia en su pecho ante la idea de que esta sería su última temporada.

—¡Oh, Harriet, yo...!

—No te preocupes. Va a ser un alivio no ser la eterna florero sentada en el rincón más apartado junto a mi hermana.

—Wulfgar tiene amigos, yo podría...

—Oli, en serio, no te preocupes. Prefiero ser solterona a ser casada a la fuerza con una persona por quien no siento nada. Además, ahora que contamos con la ayuda de mi tío, mis hermanas tienen muy buenas oportunidades de conseguir partidos decentes. Él incluso va a pagar sus dotes. Eso solo va a atraer a varios lores.

Olivia asintió y sirvió más té pero era obvio que continuaba con la mente en intentar presentarle a alguien. Harriet se lo agradecía de corazón pero lo que le había dicho era verdad. No quería pasar de ser un florero a una decoración en un rincón abandonado de la casa de su marido.

Capítulo 2

Residencia Willoughby

Marcus Royce Davenport observó la antigua e imponente edificación ante sus ojos. Realmente su tío no había dudado en vanagloriarse ante todos de su título. Incluso si era uno menor como el de barón.

Inhaló hondo y pensó en el increíble cambio de sus circunstancias. Se hallaba en el extranjero cuando recibió la misiva que le informaba no solo sobre el fallecimiento de su tío sino también de su destino como heredero de su cuantiosa fortuna. Aunque no recibió detalles al respecto, se le dio a entender que su primo Casius había sido desheredado poco antes de su tío fallecer y, por ende, como el pariente masculino siguiente en línea sucesoria, todo pasaba a pertenecerle a él.

No negaba que más de una vez anheló el tener un lugar propio al cual regresar luego de sus servicios a la Corona, pero jamás esperó que todo cambiase de forma tan abrupta y se terminase convirtiendo en un barón. El barón de Willoughby.

Frunció el ceño ante esto y sintió que le comenzaba un dolor de cabeza. Más allá de lo que el abogado de su tío le informase en la

misiva, él se había asegurado de averiguar por sus propios medios cuál era la verdadera situación del título, y las noticias no eran buenas.

Según sus contactos, hubo algunas malas inversiones y habían quedado deudas. Sin mencionar los caros gustos de su tía, lady Willoughby, quien, él no había demorado en averiguar, gastaba más de lo que sus ingresos le permitían e incluso, pese al fallecimiento de su esposo, había organizado una celebración que iba a durar dos semanas por motivo de su cumpleaños.

Él comprendía mejor que nadie que las personas lidiaban de diferentes maneras con la muerte, así que hasta no hablar con la dama en cuestión, no podía juzgar el estado en el que se hallaba.

Sin embargo, tan pronto ingresó a la residencia, lo último que esperó fue hallar a dos caballeros discutiendo en la sala de estar. Frunció el ceño mientras los observaba forcejear mientras la dama por la que obviamente peleaban parecía disfrutar enormemente con toda la escena.

Eso no duró mucho cuando los tres se volvieron conscientes de su presencia.

—Si está aquí por la dama, le sugiero se marche, milord. O bien puede esperar a que me deshaga de él y con gusto lidiaré con usted —le dijo uno de ellos mientras le propinaba un fuerte puñetazo a su oponente.

—El único que va a lidiar con alguien aquí soy yo.

Los ojos de la dama lo miraban con sumo interés. Demasiado para su gusto. En especial considerando que era una mujer recientemente viuda.

—¿Y quién es usted?

—Marcus Royce Davenport, el barón de Willoughby —respondió con frialdad—. Así que les sugiero a ambos que se marchen ya

mismo a menos que deseen que sea yo quien tome medidas al respecto.

—Jamás dijiste que el Caballero Negro era tu... el heredero.

—Yo no... él... no lo era. —Ahora pálida, la dama parecía haber perdido la capacidad para emitir palabra coherente alguna. Lo miraba con los ojos desorbitados y parecía más a punto de desmayarse.

Marcus enarcó una ceja en dirección a ambos hombres, quienes se apresuraron a recoger sus cosas y se marcharon incluso antes de que el mayordomo tuviera oportunidad de escoltarlos a la puerta.

—Habiendo solucionado eso, milady...

—Milord, por favor... —Marcus casi pudo ver como los pensamientos de la dama se volvían calculadores mientras adoptada una actitud seductora que a él le produjo asco—. Y no me interesa nada de usted. Le sugiero que recoja sus cosas y se retire a la propiedad del campo donde sé que planea celebrar su cumpleaños.

—¿Me darás ese obsequio, sobrino? —Su voz intentaba sonar sensual pero él ya tenía la suficiente experiencia con damas como para reconocer cuándo estaban siendo falsas.

Se cruzó de brazos y la observó con absoluta frialdad.

—Solo respeto el que presumo era el deseo de mi difunto tío, pero luego de eso puede olvidarse de continuar desperdiciando una fortuna que no le pertenece.

Dicho lo cual se giró para marcharse, pero se detuvo en la puerta abierta de la sala de estar antes de hacerlo.

—Le sugiero que piense bien sus próximos movimientos, milady, porque podrían ser los últimos que decida bajo este techo.

Con esas palabras cerró la puerta a sus espaldas y abandonó la residencia. Había quedado en encontrarse con sus amigos en el burdel de Madame de Pompadour. Necesitaba distraerse por unas

horas, aunque fuese ahogando sus preocupaciones en alcohol. Sin mencionar que sus dos mejores amigos de seguro sabrían aconsejarle sobre qué hacer.

Capítulo 3

Poupées

Burdel de Madame Pompadour

Harriet se acomodó mejor el antifaz sobre el rostro y rogó que nadie fuera a reconocerla. Aún no podía creer el problema en el cual la metió su hermana menor, Winifred.

De hecho, aún no estaba segura de cómo su hermanita había logrado ser invitada a un lugar como aquel. Ellas no conocían a nadie que pudiera haberla involucrado en una situación como en la que se hallaba. Una mascarada en un burdel.

Inhaló hondo varias veces y se mentalizó de que tenía que verse lo más calmada posible o terminaría atrayendo atención indebida. Ella tan solo tenía que entrar, hallar a su hermana y salir. Incluso si para eso tenía que llevársela a rastras, con Winnie gritando y pataleando. Tan solo esperaba no llegar a eso.

—Buenas noches, milady. Le deseamos una placentera noche.

Harriet casi se infarta cuando un hombre que apenas vestía algo parecido a una toga griega muy corta y que dejaba a la vista sus piernas desnudas así como sus brazos y parte de su pecho, hizo una reverencia ante ella.

Al instante abrió su abanico y se cubrió la parte de debajo del rostro mientras le ofrecía una leve inclinación de cabeza. Eso pareció ser todo lo que el hombre necesitó porque luego de entregarle una rosa roja procedió a recibir a otros invitados.

Exhaló hondo, y al instante maldijo el ajustado corsé que tan solo ayudaba a resaltar su naturalmente esbelta cintura, sin mencionar que hacía que su busto quedara de manera más que prominente a la vista. Esa debía ser su única cualidad llamativa y que siempre se había esforzado por ocultar de las miradas masculinas, pero dadas las circunstancias, sabía que jugaría a su favor exponer su único atributo atractivo.

Se abanicó varias veces comenzando a verse afectada por el calor dentro del lugar, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto salvo tolerarlo lo mejor posible y huir de ahí tan pronto como se diera la ocasión.

Primero tenía que ubicar al americano que sus hermanas le habían dicho que había estado merodeando a Winnie, un tal Noah Sawyer, con quien se suponía se iba a encontrar en aquel lugar y con quien luego huiría.

Pero ella estaba decidida a detenerla, incluso si para eso tenía que recurrir a armar una escena. Al fin y al cabo, no era como si su reputación fuese a importarle a alguien luego de esta última temporada.

Harriet suspiró ante esto y se acomodó mejor un mechón que se había escapado del semirrodete que estaba utilizando y dejaba la mitad de sus cabellos castaños ondulados sueltos.

Agradeció que su hermana fuese una belleza de radiantes cabellos rubios porque sin sus lentes se le hacía algo difícil diferenciar a las personas a determinada distancia. Sin mencionar que sus hermanas le habían dicho que la joven se había ido vestida con un traje blanco

que supuestamente asemejaba a un ángel. No debía haber muchas jóvenes vestidas de aquella manera.

Sin embargo, el instante en que se halló en el salón principal, supo lo ingenua que había sido. No había solo una o dos jóvenes rubias vestidas de blanco, sino muchas. De hecho, la única vestida de rojo con encaje negro y detalles dorados era ella.

Harriet se sintió desfallecer. No había manera de que pasase desapercibida con ese atuendo. Con medias de encaje y una falda que apenas le cubría hasta las rodillas, parecía más una de esas bailarinas de cancan francesas que una vez viera en una postal que una de sus tías trajera de Paris.

Se volvió a tocar el antifaz y agradeció que le cubriera toda la mitad superior del rostro mientras el abanico se encargaba de la parte inferior. Entrecerrando los ojos se esforzó por enfocar la mirada cada vez que se cruzaba con una joven rubia pero hasta el momento resultó ser en vano porque ninguna era Winnie.

No se le pasó por alto como varios caballeros tan solo sujetaban a jóvenes al pasar por la cintura y se las llevaban consigo al piso superior... donde debían de estar las habitaciones. Ella no era ingenua, su madre se aseguró de ello, pero se sentía en extremo nerviosa con todo lo que veía que estaba ocurriendo.

Sin embargo, el momento en que un fuerte brazo se cerró en torno a su cintura, la paralizó por completo.

—Me has vuelto loco desde el mismo momento en que te vi entrar, preciosa. ¿Me dejarías ser tu acompañante?

La voz grave y gruesa le produjo un cosquilleo que la recorrió de arriba abajo, sorprendiéndola, así como también las mariposas que jamás había sentido antes, ahora parecían revolotear enloquecidas. Se olvidó de cubrirse con el abanico y giró el rostro para hallar a un caballero alto, de hombros anchos y elegantemente vestido, pero lo

llamativo era que su indumentaria era por completo negra. Casi tan negra como lo eran sus ojos y sus cabellos, que se destacaban con la palidez de su piel.

—Vampiro... —susurró. Horrorizada se llevó una mano a la boca pero él tan solo le sonrió y exhibió una dentadura perfecta con colmillos ligeramente más alargados que cualquier persona que ella hubiera visto antes.

—En ese caso permítame presentarme... Lord Ruthven, a sus órdenes, milady —le susurró con una cadencias sensual que le erizaron la piel por completo.

Muy a su pesar, Harriet sintió que se le aflojaban las piernas al descubrir que el desconocido había leído *El Vampiro*, de John William Polidori. Ella adoraba la literatura gótica y era su secreto, ni siquiera sus hermanas sabían lo mucho que ella disfrutaba de esos relatos, a excepción de Franny.

Que el caballero lo conociera... Repentinamente, en su fuero interno, deseó haberlo conocido en otras circunstancias. Si estuviesen en un baile al menos podría saber su identidad... aunque, considerando lo poco que ocultaba su antifaz, no le sería difícil reconocerlo si sus caminos volvían a cruzarse, aunque él jamás le reconocería a ella.

—¿Acepta, milady?

Estaba por responder y rechazarlo cuando por el rabillo del ojo vio pasar a una pareja junto a ella. Un caballero acompañado por una joven rubia que tenía puesto demasiado maquillaje para su gusto. Usualmente la hubiese ignorado, en especial atrapada como estaba en la mirada de su desconocido vampiro, entonces fue que la escuchó reírse y lo supo. ¡Esa era Winnie! Y estaba yendo al piso superior. Tenía que ir tras ella y detenerla.

—Me parece que estaríamos más cómodos en otra parte, ¿no le

parece, milord? —logró finalmente susurrar pese a los nervios que todo eso le producía. Rogó estar siendo recatada y sensual, y no torpe y ridícula como en verdad se sentía.

Pero, por lo visto, ya fuera el ambiente que los rodeaba o el deseo que veía en la mirada masculina, eso pareció todo lo que necesitó decir para que el hombre asintiera y sin apartar la mano de su cadera la escoltase escaleras arriba. Sin embargo, cuando él quiso desviar hacia la derecha ella ligeramente presionó para ir hacia el lado opuesto. Necesitaba no perder de vista a su hermana.

—¿Lo conoces?

—¿A quién?

—Al imbécil con la chica rubia

Eso le causó risa porque no podría haber simplificado mejor sus pensamientos sobre el hombre en cuestión. Sin embargo, al ver la seriedad en el apuesto rostro se apresuró a negar con la cabeza.

Se observaron durante varios segundos en completo silencio hasta que finalmente él le ofreció una media sonrisa arrogante y lo próximo que Harriet supo fue que unos firmes labios masculinos se apoderaban de los suyos.

Al comienzo el beso fue lento y suave, como si temiera asustarla, pero cuando este se volvió apasionado y su lengua invadió su boca, ella gimió y no dudó en enterrar los dedos en sus cabellos azabaches. Tan compenetrada estaba en el asalto a sus sentidos que no fue consciente de que ya habían entrado a la habitación y que tan solo tenía puesta una fina camisola de breteles; fue entonces que sus labios la abandonaron y comenzaron a bajar por su garganta y continuó hasta llegar al comienzo sus pechos. El instante en que estos comenzaron a quedar expuestos al aire de la habitación fue cuando Harriet reaccionó y, antes de permitirle alguna otra libertad, lo golpeó en la cabeza con el primer objeto que sus

dedos tocaron. Pareció ser suficiente porque él se desplomó al instante sobre ella.

Por un instante temió haberlo asesinado y apenas lo apartó de encima apoyó la cabeza sobre su pecho a la altura de su corazón. El latido era firme y fuerte así que suspiró aliviada.

—Maldita sea, Winnie... —murmuró por lo bajo mientras se apresuraba a vestirse. Y aunque tuvo que luchar un poco con los cordones del corsé, finalmente logró, luego de bastante forcejeo y tironeo, ajustarlo lo suficiente como para no llamar la atención.

Con la misma rapidez se apresuró a abandonar la habitación y se dirigió a la que estaba a unos pasos de distancia y entró sin siquiera golpear. Agradeció que la misma no estuviese trabada, pero la escena frente a sus ojos cuando entró le hizo ver todo rojo. Su hermana, con la camisola desgarrada, estaba sobre la cama pero el hombre que estaba sobre ella no se movía.

—¿Winnie?

—¡Harriet! —Con su ayuda apartaron al hombre.

—¿Cómo se te ocurrió...? —La joven quería decirle tantas cosas pero estaba asustada por el hecho de que quizás hubiese asesinado a un hombre.

Cuando comprobó que este respiraba, se apresuró a cubrirla con una capa que halló sobre el respaldo de la única silla que había en la habitación y la instó a abandonar la estancia.

Debían marcharse de ahí cuanto antes. Pero no fue hasta que no estuvieron en el interior de un carruaje que Harriet logró relajarse y se dejó caer contra el respaldo del asiento.

—Harriet, yo...

—No hay nada que puedas decir para explicar lo que ha ocurrido, Winifred —le dijo con dureza su hermana. Estaba agotada, y con los nervios a flor de piel luego de todo lo ocurrido, lo último que quería

escuchar era una larga e interminable lista de excusas de boca de una de sus hermanas menores—. Tan solo lleguemos a casa antes de que nuestros padres descubran lo ocurrido. Cámbiate de ropa.

—¿Y tú?

—Yo solo tengo que ponerme uno de mis aburridos vestidos marrones encima y estoy cubierta. —Y así era. El vestido estaba tan viejo y desgastado que bastaron apenas unas pocas maniobras para que lo tuviera puesto cubriéndole el escandaloso disfraz que se vio forzada a usar.

Pese al enojo que sentía, ayudó a su hermana a vestirse y luego transcurrió el resto del viaje en silencio. Pero una vez que estuvo a solas en el interior de su habitación, su mente se focalizó en lo ocurrido con el misterios desconocido.

Aquella noche soñó con él y ella siendo la protagonista de una tórrida escena romántica que la despertó a primera hora de la mañana dejándola tensa y nerviosa como si en realidad no hubiese descansado nada.

Capítulo 4

*U*nos días más tarde...

Mansión DeWarenne

Harriet suspiró desde su rincón junto a sus hermanas mientras se acomodaba mejor los lentes sobre el puente de la nariz. Probablemente debería ir a que se los ajustasen porque se le seguían resbalando y lo último que necesitaba era que se le cayeran y rompieran.

—Esto es tan aburrido... —se quejó Franny, a su lado, mientras observaba a las parejas bailando a una corta distancia—. ¿Por qué nadie baila con nosotras?

—Porque todos saben de dónde salió el dinero para los vestidos que tenemos puestos —respondió Imogen para luego sacarle la lengua a un grupo de jóvenes que era obvio habían estado murmurando sobre ellas.

—No hagas eso. Ya bastantes habladurías ha generado nuestra situación —susurró Georgette también mirando con anhelo a las parejas danzando.

Harriet se sintió mal por sus hermanas. Ella estaba acostumbrada a no atraer la atención de ningún caballero pero para el resto de

ellas debía de ser difícil ver a jóvenes que poseían dotes menos cuantiosas que ellas siendo cortejadas mientras ellas eran dejadas en el olvido. Si le sorprendió que ni siquiera Franny ni Winnie, las dos grandes bellezas de la familia, recibieran una solicitud para bailar, decidió no mencionarlo.

Podía escuchar a sus hermanas cuchichear entre sí, pero decidió ignorarlas. Por mucho que se quejaran, de todas formas eso no haría que algún caballero se acercase. Ella sospechaba que la verdadera razón era que ningún hombre deseaba casarse para tener que cargar con toda la familia de su esposa por el resto de su vida, y ellas era una familia cuantiosa.

Observó el exquisito salón y admiró los delicados detalles dorados en la pintura del techo así como los murales en las paredes. Y no pudo evitar desear estar en otra parte, en otro momento.

Suspiró y volvió a preguntarse, no por primera vez, quién sería el misterioso desconocido con quien se cruzó unas noches atrás. Fue lo más emocionante y peligroso que le había ocurrido en la vida y no podía compartirlo con nadie. Ni siquiera con Franny dado que juró guardar el secreto de lo ocurrido.

—¿Me otorgaría el honor de escoltarla en esta pieza, milady?

Sorprendida, Harriet sintió como se le erizaba la piel por completo mientras observaba cómo un caballero acompañaba a su hermana Franny a bailar. Sintió que el aire se le paralizaba en los pulmones, y no pudo quitarle la vista de encima mientras la luz caía sobre su cabello azabache y le permitía admirar por completo su rostro sin cobertura alguna. ¡Ese era el hombre que la sedujo!

—El Caballero Negro —susurró Winnie a su lado mirándolo también con atención.

—¿Quién?

—El nuevo barón de Willoughby —susurró Dory uniéndose a la

conversación—. Parece que la viuda del anterior barón no se resigna a su situación. Dicen que él le dio un ultimátum

—Sí. Le va a permitir festejar su cumpleaños pero después le conviene cortar su relación con ciertas amistades o él se asegurará de que haya serias consecuencias.

—¿Mamá sabe que ustedes están al tanto de todo esto? — Imogen, siempre sensata, ahora las miraba con el ceño fruncido—. Somos las menos indicadas para andar contando habladurías.

El resto de las jóvenes se quejaron al unísono. Adoraban a su hermana pero a veces era demasiado seria y juiciosa para su propio bien.

—Ella tiene razón, chicas —les dijo finalmente Harriet—. Lo último que necesitamos es que esta gente tenga más razones para ignorarnos.

Al instante las cinco se giraron a observarla, odiaba ver la pena reflejada en sus miradas, pero comprendía la razón de ello.

—No me miren así. Al menos a partir de la próxima temporada voy a poder acompañarlas como chaperona en vez de que nuestra madre tenga que andar pidiendo favores para poder usar algún vestido decente mientras nos cuida y soportar cómo el resto de las madres y chaperonas se compadezcan de ella por haber tenido tan solo hijas —les dijo con sencillez.

—¿No deseas casarte?

—Sí.

—¿Pero entonces...?

—Quiero casarme por amor, como nuestros padres, y no tener que estar con un hombre que tan solo debe tolerarme porque mi única misión es engendrar a su primogénito y que luego de eso se liberará de mí y quedará destinada a tan solo ser su esposa para recibir a cambio un techo sobre mi cabeza mientras él se divierte con sus

amantes —declaró con absoluta confianza, ajena al caballero que acababa de regresar con su hermana Franny y había escuchado con claridad sus palabras.

Marcus escuchó sorprendido a la sosa florero. Nunca fueron criaturas que atrajeran su atención. Ni siquiera cuando no poseía un título que a ellas les interesase. Pero por lo visto había estado equivocado en su valoración.

—Harriet no suele comportarse así. Mis disculpas, milord —le susurró la joven a su lado, de quien se había olvidado por completo.

Él asintió vagamente pero las palabras de la joven aún resonaban en su mente. Nunca había conocido a una dama que fuera tan directa. Usualmente se comportaban de manera más recatada y definitivamente jamás hablaban de esa manera.

—¿Harriet?

—Tú también no, Franny. Ya les dije... —Pero ella pareció quedarse sin palabras tan pronto sus miradas se cruzaron.

Su aspecto no era nada digno de admirar. Definitivamente no era una gran belleza como su hermana, quien aún estaba sujeta a su brazo. Donde una era rubia y parecía un ángel, la otra parecía tela amarilla ajada por el paso de los años, y con el soso vestido verde oscuro lucía más como una matrona que como una joven en edad casadera. Sin mencionar el tirante rodete y los lentes. No. No era para nada su tipo de mujer. Y aun así descubrió que no podía desviar la mirada del único rasgo destacable de su sencillo rostro. Sus labios.

Ella pareció sonrojarse ante su escrutinio y la vio desviar la mirada.

—Lamento mucho si escuchó mis palabras, milord, le pido mis disculpas —se excusó la joven y él tan solo asintió, pero cuando luego de varios segundos no dijo palabra alguna, ella elevó el rostro y lo miró con el ceño fruncido.

Finalmente hizo falta la intervención de uno de sus viejos amigos para que pudiera presentar una disculpa plausible y se alejase del grupo de jóvenes aunque, por alguna inexplicable razón, su mente siguió pensando en un bello par de labios pecaminosos.

Capítulo 5

Un mes más tarde...

Harriet abandonó las oficinas de Scotland Yard sumamente molesta. No solo no había logrado hablar con Ciarán Ruah sino que el caballero que la atendió desestimó por completo sus preocupaciones.

No parecía comprender que su hermana Imogen no era de las que desaparecían sin darle explicación alguna a su familia. Para colmo la carta que habían hallado daba muy pocas explicaciones, en especial porque todas ellas sabían que su hermana no había estado en contacto con ningún desconocido. ¿O acaso se habrían equivocado?

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que no vio al caballero que estaba justo ingresando y se lo chocó de frente.

—Mis disculpas, milady.

—Lo siento mucho, milord, fue mi culpa —se apresuró a disculparse ella mientras recogía los guantes que se le habían caído al suelo.

—Pues debería fijarse más por donde va... señorita. —El tono de voz la enervó y se encontró mirando ese par de ojos, oscuros como la noche más negra, que conociera hacía más de un mes atrás.

Sin embargo, en vez de sentirse hechizada, como ocurriese en su momento, quiso golpearlo. Apretó la mandíbula y frunció el ceño mientras lo miraba de arriba abajo como si no fuera más que una insignificante alimaña.

—Disculpe usted, barón, alguien de su importancia seguro considera los asuntos del resto como algo banal —le respondió mordaz.

—Ignore a mi amigo, lord Willoughby no ha estado teniendo un buen día.

El mencionado gruñó una respuesta y Harriet lo miró con fastidio.

—Disculpe el atrevimiento, pero ¿necesita asistencia con algún asunto, milady?

—Salvo que pueda conseguirme una entrevista en persona con Ciarán Ruah, lo dudo mucho, milord, pero se lo agradezco.

—Ignoro qué tiene el caballero que todas las damas corren a sus brazos tan pronto se encuentran en aprietos, pero le aseguro, señorita, que él no está para desperdiciar su tiempo en algún pedido absurdo.

—La desaparición de mi hermana no es un pedido absurdo —declaró enojada la joven, preguntándose qué pasaría si golpeaba al caballero de la sonrisa arrogante.

—Habrá huido con algún amante.

—Nunca nadie le enseñó que a veces callar es una bendición, ¿no es cierto, milord? —le pregunto con sorna.

—Por qué habría de hacerlo cuando usted quiere molestar a una persona muy importante con una absoluta ridiculez.

—Estoy segura de que si se tratase de su hermana entonces no lo sería.

—Mi hermana no haría algo tan ridículo como huir.

—Pues mi hermana tampoco, y es por eso que estoy aquí

—¿Qué quiere decir, milady? —le preguntó el otro caballero, claramente preocupado.

—Mi hermana Imogen es la personas más centrada y juiciosa que conozco, jamás haría algo como huir con un completo desconocido. Si incluso en su primer baile de la temporada se esforzó porque todas nos comportáramos de manera correcta —le explico poniéndose de nuevo ansiosa—. Ella es la más joven de mis seis hermanas, jamás ha estado expuesta al mundo real.

—¿Y usted sí, señorita?

—Esta es mi última temporada, milord, y debo decir que tengo más experiencia de la que me gustaría —admitió con cierta molestia.

No quería ni pensar en lo ocurrido aquella noche y en cómo se había dejado seducir por aquel arrogante lord. Molesta consigo misma volvió a mirarlo con mala cara y se cruzó de brazos esperando a ver qué más tenía para decirle respecto a su situación.

—¿Qué tanta experiencia?

—¿Y por qué eso habría de importarle a alguien como usted, milord? Tiene un título. Tiene poder. ¿Qué interés podría tener en una solterona como yo?

Eso pareció molestarlo porque esta vez el que frunció el ceño fue él, mientras imitaba su postura de brazos cruzados. Por un momento Harriet creyó que no le respondería nada, pero el instante en que lo vio abrir la boca se preparó para alguna respuesta venenosa.

Sin embargo, de repente su postura cambió, aunque se lo veía tenso y la observaba con el ceño fruncido.

—Acompáñenos. Estábamos por ir a hablar con Ciarán Ruah.

—¿En... serio?

—Sí. Nosotros la escoltaremos y podremos contarle sus sospechas.

Cómo había pasado de ser el villano a su héroe en menos de unos

instantes la mareaba, pero estaba demasiado agradecida como para discutir, así que asintió y se apresuró a seguirlos.

Capítulo 6

La espero en el teatro Covent Garden. Sería un honor que me permitiera ser su escolta por esta noche.

Suyo,

Lord Willoughby

Harriet se apresuró a guardar la nota en el pequeño bolso que utilizaba para eventos como el de esa noche. Si recibirla la sorprendió, no lo dejó entrever, sin mencionar que le había mentado a sus hermanas sobre el contenido de la misma. No solo eso, sino que la mismísima lady Selena Hawthorne se había presentado en su casa invitándola a la ópera, lo que hizo tan felices a sus padres que en ningún momento se detuvieron a pensar que hasta aquel momento jamás habían tenido contacto alguno con la dama.

—¿Señorita Leith? ¿Se encuentra bien?

—Sí. Sí. Tan solo algo distraída...—se apresuró a asegurarle a lady Hawthorne mientras le ofreció una sonrisa que esperaba fuera sincera.

—No te preocupes. Estoy segura de que él llegará a tiempo —le susurró la dama mientras se acomodaba uno de los guantes y

observaba con disimulo a su alrededor.

Harriet asintió pero por un momento se sintió culpable con toda la situación. Unos días antes, mientras abandonaba furiosa la oficina porque nadie le había dado importancia a lo ocurrido con su hermana, el acompañante de lord Willoughby le aseguró que si había alguien que pudiera convencer al hombre de ayudarla como correspondía era la dama. Ignoraba cuál era la relación entre ellos pero si con eso lograba recuperar a su hermana, lo haría.

Sin embargo, cuando lord Willoughby llegó, Harriet sintió que el corazón comenzaba a latirle enloquecido. Lo cual era una absoluta ridiculez porque era consciente de que él no la reconocía de lo ocurrido aquella noche en que rescató a Winnie.

No pudo evitar que el rostro se le arrebolara y se abanicó con un poco más de ahínco del necesario. Le pareció escuchar una suave risa por parte de lady Selene, pero cuando la observó, ella tan solo le ofreció una sonrisa conocedora, lo que hizo que su sonrojo se acentuase.

—Debo decir que no sé cómo toleras la manera descarada en que algunas damas prácticamente se le lanzan encima —le comentó repentinamente la dama, y Harriet no tardó en notar a lo que se refería al ver como un grupo de jóvenes acompañadas de sus madres lo habían rodeado e intentaban atraer su atención. Pero en vez de detenerse a conversar a hablar con ellas, continuó su avance hasta que realizó una reverencia frente a lady Selene y luego ante ella.

—Lord Willoughby, espero que la baronesa viuda se encuentre bien —comentó la dama, y Harriet notó como el hombre se tensaba y le pareció que, por unos instantes, apretaba tan fuerte la mandíbula que le aparecía un tic.

—Mi tía se encuentra tan bien como se puede esperar dadas la

circunstancias —respondió diplomático, pero a la joven se le hizo obvio que le desagradaba hablar del tema.

—Espero haya encontrado todo en orden —prosiguió la dama.

—Lamento decir que no ha sido así, y aún falta mucho por aclarar, pero espero tener todo en orden a la brevedad. —Con eso pareció dar por concluido el tema porque le ofreció su brazo, a lo que ella entró en pánico y miró a la dama, que la instó a aceptar.

Finalmente enlazó su brazo con el del caballero y ambos comenzaron a encaminarse hacia las escaleras que los llevarían al palco del barón, seguidos de cerca por lady Selene, que mantenía la suficiente distancia como para que ellos pudieran tener una conversación íntima de así desearlo.

Y aunque Harriet no tenía ni idea respecto a qué decirle, el caballero no pareció tener el mismo problema porque inclinó ligeramente la cabeza para que tan solo ella pudiera escucharlo.

—Sepa que esto fue idea de Anthony —le susurró el caballero—. La dama disfruta de la ópera y es sabido que cuando ella asiste, Ciarán Ruah también lo hace.

—Pero...

—Tiene un palco individual. Ignoro cuál es la historia entre ellos, pero todos saben que algo debió de ocurrir en su momento porque basta con verlos en la misma habitación para percatarse de ello.

—¿Realmente le parece que él la escuchará?

—Si ella se lo pidiera, él bajaría la luna del cielo.

Harriet no pudo evitar dejar escapar un suspiro cargado de anhelo que hizo enarcar una ceja a su acompañante.

—¿Lo considera romántico?

—Es más que eso... —susurró Harriet sintiendo que volvía a sonrojarse. Ella siempre se esforzaba por mostrarse sensata por el bien de sus hermanas, pero en el fondo era una romántica incurable

así que no podía evitar su reacción.

—Dígame...

—Que alguien te ame de esa manera que es capaz de hacer lo que fuera por ti; y poder aceptarlo... Es una mujer muy afortunada en un mundo donde la mayoría de nosotras no somos dueñas de nuestros propios destinos.

Eso produjo una expresión pensativa en el rostro del hombre, que se mantuvo incluso mientras las ayudaba a acomodarse en el palco de su familia. Harriet rogó no haber dicho algo equivocado pero cuando él finalmente se sentó a su lado y le ofreció una sonrisa supo que todo estaba bien entre ellos.

—Una vez empiece el evento, espere unos instantes y luego excútese. Pero no se aleje. Quédese del otro lado de la cortina, y yo la buscaré cuando nuestra conversación haya concluido.

—Lord Willoughby...

—Marcus... —le respondió, y pareció tan sorprendido como ella ante esa simple palabra, pero ella le sonrió.

—Harriet... —le susurro en respuesta.

Luego de esa ya no volvieron a hablar, pero procedieron a disfrutar de un amigable silencio que ayudó a Harriet a relajarse y poder observarlo todo a su alrededor dado que era su primera en el teatro, un lugar que resultaba un lujo que sus padres no podían permitirse.

Capítulo 7

Harriet estaba fuera de sí de los nervios, y esa era la razón de que tuviera sujeto entre sus manos con tanta fuerza un trozo del cortinado que separaba el palco del pasillo del teatro. Rogó no tener que esperar mucho tiempo más ahí o ella misma iba a irrumpir en vez de esperar a que Marcus la fuese a buscar.

—¿Señorita Leith?

Poco le faltó para dejar escapar un chillido agudo del susto cuando se giró sobre sí misma para hallarse cara a cara con lady Emmeline De Warenne, quien de inmediato rio por lo bajo y le guiñó un ojo con suspicacia mientras se le acercaba.

—¿Espionando a su futuro prometido?

—¿Quién?

—Lord Willoughby

—Oh, no, Marcus no es...

—¿Marcus?

—Quise decir... —Harriet sintió que se sonrojaba entera y quiso que el piso se abriera y la tragase.

Acababa de cometer un error que, de llegar a saberse, la podría poner en serios problemas. Sin mencionar lo que podría causar en la

reputación de sus hermanas. Sin embargo, antes de poder transmitir cualquiera de sus temores, la joven a su lado le ofreció una sonrisa.

—Tranquila. Tu secreto está a salvo conmigo. Aunque debo admitir que te admiro... No es exactamente el más afable de los caballeros.

—Entiendo a lo que te refieres —le respondió con sinceridad—. Pero conmigo se ha estado comportando... No podría estar más agradecida con él.

—Es bueno saber que por algo lo llaman el Caballero Negro y no solo por la manera en que insiste en vestirse íntegramente de ese color.

Harriet no pudo más que reír ante ese comentario. Era la primera en reconocer que la elección de moda del caballero era bastante intrigante, pero aún no se había animado a preguntarle al respecto.

—¿Te cuento un secreto? Yo también me estoy escondiendo aquí.

—Presumo que de un pretendiente.

—Sí. No todas tenemos tu buena suerte y mi nuevo tutor insiste en que debo aceptar tratar con este... vejestorio —susurró la joven mientras daba una rápida mirada a su alrededor—. ¿Crees que pueda quedarme un rato contigo?

—Yo no...

—Una amiga de Harriet es siempre bienvenida a estar con nosotros, milady. —La voz de Marcus sobresalto a ambas jóvenes, que se giraron a observarlo con diversos grados de sorpresa—. Les sugiero que pasen antes de que empiecen a circular rumores respecto a sus ausencias.

Ante esto lady Emmeline se apresuró a acomodarse en el asiento vacío junto a lady Selene, pero lord Marcus se apresuró a ofrecerle su brazo para acomodarla en el asiento junto al suyo... justo en el lugar en donde todos pudieran verle acompañándola.

—Pero...

—Harriet y lady Hawthorne tienen algo que conversar, espero que eso no le moleste, lady De Warene.

—No. Por supuesto. —Pero le dirigió una rápida mirada de disculpas a su nueva amiga mientras tomaba asiento.

Harriet le sonrió indicándole que estaba todo bien. Sin embargo, tuvo que respirar hondo varios veces antes de finalmente atreverse a mirar a lady Selene, creyendo que de seguro iba a estar enojada por la manipulación ocurrida; sin embargo, tan solo se encontró con su mirada mezcla de preocupación y comprensión.

—Lord Marcus me dijo lo que ocurrió.

—Lady Hawthorne...

—Selene, por favor. ¿Puedo llamarte Harriet?

Ella asintió aún nerviosa por la conversación que estaban por tener.

—Sé que Ciarán no se mostró exactamente comprensivo con tu situación y, aunque no comparto su actitud, debes entender que no es la primera vez que algún pariente se acerca para clamar que su hija, sobrina, hermana desapareció solo para que aparezca unos días después y resulte que se había escapado a Gretna Green para casarse con alguien a quien su familia consideraba inadecuado.

Harriet comprendía eso. De hecho se rumoreaba que la mismísima duquesa de Kensington se había casado de esa manera con el duque y que luego, por petición real, realizaron una fastuosa y elegante ceremonia para acallar los rumores que habían surgido en su momento.

—Mi hermana Imogen no es así. Ya le dije a todos quienes me escucharon que es la más sensata de todas nosotras. Sin mencionar que esta es su primera temporada y apenas sí fuimos a unos pocos bailes en los cuales no interactuó con ningún caballero.

—¿Y Ciarán no tuvo nada que decir al respecto?

—Se disculpó, pero estaba ocupado con otro caso más importante... —susurró Harriet con pesar.

—Ángela. Es una joven amiga de nuestra familia que desapareció. Sabemos quién la tiene. De hecho, tenemos planes para el evento de la fiesta de la baronesa viuda de Willoughby.

—Yo... puedo ayudarlos. Nadie me presta atención y siempre hablan cerca de mí sin preocuparse demasiado por quién pueda escucharlos. Soy la perfecta florero —se apresuró a afirmar, con una idea formándose en su mente—. Por favor, si me ayudan a hallar a mi hermana, yo los ayudaré en la celebración... aunque no sé si nos invitaron.

—Yo envié a mi mayordomo con una invitación para usted, Harriet, esta misma mañana —le informó Marcus mientras se giraba a observarla con sus penetrantes ojos negros.

—Te agradeceríamos mucho tu ayuda, Harriet —le aseguro Selene mientras le aferraba una mano—. E incluso si no lo hicieras, igual yo hablaría con Ciarán porque es más que obvio que algo ocurrió con tu hermana menor.

—Muchas gracias, lady Selene. Se lo agradezco. —Y Harriet estaba siendo por completo sincera.

Haría lo que fuera porque Imogen regresara sana y salva a su casa.

Capítulo 8

*U*nos días más tarde...

Marcus estaba furioso. Aunque había escuchado los rumores sobre el festejo de celebración de su tía, simplemente supuso que eran exageraciones, pero gracias a su valet acababa de descubrir que no solo era verdad y pronto su propiedad del campo estaría invadida por toda la aristocracia londinense sino que, además, la muy descarada dama lo había proclamado a él como su campeón.

—¿Milord?

—Fergus, llevas tantos años conmigo que no puedo creer que siquiera oses llamarme de esa manera.

El hombrecillo rio con picardía y realizó una exagerada reverencia robándole una sonrisa. Marcus le tenía mucho aprecio, ya que prácticamente lo había criado desde niño, dadas las constantes ausencias de su padre, y así era la relación que existía entre ellos.

—Sabes lo que milady pretende de ti, muchacho.

—Pues no lo obtendrá. Podrá haberme nombrado su campeón y la única razón por la cual cumpliré con ese rol es porque respeto a mi difunto tío, pero luego de esto, más le vale a la dama tranquilizarse y comportarse como corresponde a una respetable viuda.

La expresión en el rostro de Fergus dejaba a las claras su opinión al respecto de ese tema. Al igual que él, dudaba que la dama fuera a dejar de intentar atraerlo a su lecho, pero la realidad era que Marcus, mientras que en otras circunstancias no habría dudado en aceptar y al diablo con las formas, estaba decidido a respetar la memoria de su tío. Sin mencionar que había dos damas que no habían logrado alejarse de su mente.

—Necesito que lleves en persona una misiva a la señorita Leith. ¿Tus contactos aún no han descubierto nada respecto al paradero de su hermana menor?

—Lo siento mucho, muchacho, pero es como si se la hubiese tragado la tierra. De corazón espero que tan solo se trate de que huyera con un amante para casarse en secreto o de lo contrario todas las señoritas estarán arruinadas.

—Lo sé. No van a poder sostener por mucho tiempo la mentira sobre esa supuesta enfermedad que la mantiene en cama. Una vez le entregues a la nota espera por su respuesta. No vuelvas hasta que no hayas hablado con ella.

Fergus enarcó una ceja claramente intrigado por el interés de Marcus en la joven, pero optó por mantenerse callado y se apresuró a cumplir con su cometido.

Cuando una hora más tarde finalmente logró hallar a la señorita Leith se sorprendió de descubrir que realmente no era la clase de mujer que atrajera la atención de su muchacho y, sin embargo, que el joven pareciera tan prendado de ella era algo que a él se le hacía más que obvio.

—Disculpe la tardanza, me encontraba haciendo algunas visitas. Una de mis hermanas me dijo que trae un mensaje para mí —se excusó de inmediato la joven mientras se retiraba los guantes y se giraba a sonreírle con una amable sonrisa que le iluminaba todo el

rostro.

—Lord Willoughby me envía, señorita.

Eso pareció sorprenderla y no se le pasó por alto la manera en que le temblaron las manos mientras abría la carta y leía su contenido. Él había evitado saber el contenido de la misma, pero la sorpresa en el rostro de la joven y su repentino sonrojo le dieron claras indicaciones de qué debió de haberle escrito Marcus.

—Él me solicitó que esperase su respuesta.

—¡Oh! Yo... sí... claro... —Ahora no solo se la veía nerviosa, sino que parecía vibrar de alegría.

Fergus se las arregló para esconder una sonrisa ante la obvia emoción de la dama mientras estaba buscando papel y pluma, pero no tardó en escucharla bufar fastidiada mientras la veía acercársele con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho. Una de mis hermanas parece creer que tiene derecho a acaparar todo instrumento de escritura de la casa. ¿Le puedo dar mi respuesta de manera verbal?

—Por supuesto que sí, señorita. De sus labios a los oídos de mi señor.

Ella volvió a sonreírle de nuevo, y Fergus comenzó a comprender qué le atrajo de la dama a su muchacho. No era usual encontrar criaturas de naturaleza tan transparente y amable. La mayoría de las damas eran educadas para saber manipular a un hombre y que así lograra desposarla. Pero la joven señorita Leith distaba mucho de ser de las de esa clase.

—Acepto la invitación —le dijo finalmente, aunque el hombre prácticamente podía adivinar por la forma en que se mordía los labios que deseaba decirle algo más.

Así que, pese a quebrar las convenciones, se acercó unos pasos más a la joven.

—Nadie puede oírnos, señorita.

La vio dudar unos instantes pero finalmente asintió.

—Dígale que espero con ansias verlo participar del torneo. Estoy segura de que va a ser el campeón.

Esta vez fue el turno de sonreír de Fergus y asintió para luego despedirse con una rápida reverencia y regresar junto a Marcus quien, que por mucho que lo negase, se pasó el resto de los días son una misteriosa sonrisa en el rostro que el hombre sabía era resultado de las palabras de la joven.

Capítulo 9

*M*ayo, 1872

Residencia de campo del barón de Willoughby

Unos días más tarde...

Harriet observó con emoción a su alrededor. Pese a que la moda medieval iba un poco en contra de los cánones actuales, gracias a la generosidad de su tío ella había podido ir vestida en ese estilo, y aunque se sintió algo desnuda al comienzo, luego de cruzarse con varias damas solteras con la misma clase de indumentaria se tranquilizó.

Pese a sí misma sonrió mientras recordaba su primer encuentro con lord Marcus apenas ella llegase al lugar. Había quedado en reunirse a tomar el té con lady Selene, pero en algún punto de su trayecto se había desviado de su camino para terminar en un ala de la antigua edificación que, no tardó en descubrir, le era por completo desconocida.

Sin embargo, no pudo más que observar fascinada todo a su alrededor. Un enorme y largo pasillo la recibió. De un lado, amplios ventanales permitían la entrada de la luz. Del otro lado una impresionante colección de retratos y armaduras tentaban su

curiosidad.

Supuso que debían de ser los ancestros de lord Marcus. Y por lo que veía, su linaje familiar era muy antiguo, considerando que una escena proclamaba que se trataba de la batalla de Hastings y esta había ocurrido en el año 1066.

—No te dejes impresionar, Harriet.

—Difícil no hacerlo, milord. Su familia estuvo en el mismo momento en que el inglés fue declarado como nuestro idioma oficial —susurró observando la pintura en la cual se podía ver a quien ella suponía debía de ser el rey Guillermo, con la espada en alto en la cima de la colina Henlac.

No supo que lo dijo en voz alta hasta que escuchó una suave risa masculina a su lado.

—Conoces nuestra historia.

—Yo...

—Ni se te ocurra disculparte, Harriet. Es un verdadero placer conocer a una dama que de hecho tiene un cerebro entre medio de sus dos bellas orejas.

La risa burbujeó en su interior y escapó antes de que ella pudiera detenerla. Sonrojada, se cubrió una boca con la mano, consciente de que una dama jamás debía reírse de esa manera explosiva, y observó mortificada a su compañero.

Pero en vez de mostrarse disgustado, Marcus se veía extrañamente complacido y le ofreció una sonrisa antes de hablar.

—Tienes la mejor risa que he escuchado en mi vida —le dijo finalmente haciendo que el sonrojo se mantuviera en su rostro muy a pesar de Harriet, que no tenía ni idea de qué comentar al respecto de tan peculiar cumplido así que optó por volver a mirar el cuadro—. Afortunadamente no voy a tener que utilizar la armadura de algunos de nuestros antepasados —le comentó al pasar, logrando que ella

volviera a mirarlo—. Fergus halló un herrero que diseña armaduras por placer, dice que para mantener viva nuestra historia, y las hace mucho más livianas de lo que eran en esa época. Sin mencionar que no va a ocurrir ninguna competencia en la cual algún caballero pueda terminar herido de gravedad.

—Entonces nada de justas a caballo.

—Aunque mi tía lo disfrutaría enormemente, la palabra de su majestad rige sobre la de ella.

—Gracias a Dios... —susurró Harriet pensando en Marcus siendo derribado de su caballo y yaciendo herido en el piso de la lisa de combate. Un escalofrió la recorrió.

—No temas, Harriet. Tanto mi tío como mi padre me instruyeron de niño en los deportes que practicaremos.

La joven asintió pero aun así su rostro debió reflejar su preocupación, por lo que Marcus sujetó una de sus manos y la acercó a sus labios, donde le besó los nudillos con suma delicadeza.

—Te juro por mi honor, Harriet, que haré todo lo posible por mantenerme a salvo... y ganar el torneo.

Ella sintió como el rostro volvió a cubrirse de un intenso rubor, pero no fue capaz de desviar su mirada de los ojos oscuros como la misma noche que en aquellos momentos brillaban de una manera muy particular que ella no supo interpretar.

—Milord... espero no interrumpir—. La voz de la baronesa viuda interrumpió el momento y Harriet notó la tensión apoderándose del cuerpo de Marcus mientras liberaba su mano de su firme agarre.

—Estaba por escoltar a la señorita Leith de regreso al ala de invitados, tía.

Por la manera en que la mujer la miraba, Harriet sintió el impulso de esconderse detrás de Marcus. Estaba acostumbrada a en general no atraer la atención de nadie, menos que menos la de un miembro

de la aristocracia, y que dicha dama destilase tal nivel de odio en su mirada era algo que la ponía muy nerviosa.

—Querido, no creo que sea...

—Escoltaré a la señorita Leith a su reunión con lady Hawthorne — declaró con más firmeza mientras le dirigía una fría mirada a la dama, y apoyando una mano en la parte baja de la espalda de Harriet, la instó a caminar de regreso por donde había venido.

La joven estaba tan nerviosa que apenas sí logro susurrar unas palabras de despedida. Era consciente de que si los hallaban así a solas su reputación se vería arruinada, pero intuía que la baronesa no iniciaría semejante rumor porque, si lo que acababa de ocurrir entre ellos se sabía, ella estaba segura de que Marcus de inmediato le pediría matrimonio... y esa era una idea que no la disgustaba en lo más mínimo.

Harriet decidió serenarse. Estaba ahí para descubrir información sobre su hermana y no para soñar despierta con un caballero que era más que obvio que tan solo se estaba mostrando amable con ella.

Una semana más tarde...

Harriet decidió que estaba en problemas. No solo aún no había descubierto información sobre el paradero de su hermana sino que además parecía que lord Marcus buscaba constantemente razones para estar con ella. Como en aquellos momentos. Con lady Selene cerca para mantener el decoro, él no había dudado en acercársele guiando a un bello caballo blanco y vistiendo una armadura que de seguro usaría en la próxima actividad, que, según sabía ella, eran las carreras.

No tardó en percatarse de que sus ropajes combinaban y miró con cierta suspicacia a la dama, quien tuvo el buen tino de fingirse fascinada por un rosal consciente de la razón de la mirada que posaba sobre ella.

En un primer momento a Harriet le resultó extraña la insistencia de lady Selene porque vistiese el traje color burdeos, pero ahora que veía la indumentaria de Marcus, comprendía las razones.

—Estas bellísima.

—No hay necesidad de halagarme, milord. Reserve sus palabras para mi hermana Franny. Estoy segura de que ella estará más que feliz de escucharlas.

—Pero yo no tengo interés en proveer de cumplidos falsos a ninguna dama.

Harriet lo miró confundida por varios segundos. Nadie nunca había cumplimentando a su hermana por obligación. Con sus cabellos dorado como el trigo y sus enormes ojos celestes cristalinos era una de las grandes bellezas de los bailes, y ahora, gracias a la asistencia de su tío, la cuestión de la dote se había solucionado. No había nada que impidiese que obtuviera un buen partido... como lord Marcus.

Fue entonces que el acertó aún más la distancia entre ellos, lo que la forzó a elevar la mirada.

—A pesar de mi reputación y lo que todos creen hay solo una dama que ha despertado mi intriga.

—¿Intriga?

—Interés.

—¿Y quién sería ella? —Harriet temía hacerse ilusiones, así que prefirió preguntar incluso si parecía absurdo hacerlo.

—Es aquella a quien estoy mirando en este mismo momento. —Su penetrante mirada oscura estaba fija en la suya—. Y desearía ser su campeón.

La joven sintió que el sonrojo le cubría por completo el rostro pero aun así le sostuvo la mirada y fueron sus manos las que parecieron actuar por propia voluntad y le ataron en torno al brazo una pañoleta burdeos haciendo que la mirada masculina se volviera aún más cautivante por el cambio que ocurrió en ella.

—Harriet... —El susurro de lady Selene la aparto del hechizo que pareció haberse tejido entre ambos y retrocedió unos pasos mientras la dama se le acercaba—. Lord Marcus... le estaremos observando desde las gradas. Le deseamos todo lo mejor.

Este realizó una galante reverencia y se apresuró a montar a caballo viendo el grupo de jóvenes acompañadas por sus madres y que se les aproximaban en un vano intento por atraer su atención.

Tocó una vez el objeto atado a su brazo y luego instó a su montura a andar. No estaba de humor para lidiar con charla superficial y absurda como la que solían llevar adelante esas jóvenes... a diferencia de Harriet, que, por alguna inexplicable razón, solo le hacía desear estar cerca de ella en cada momento que eso le fuese posible.

—Estoy perdiendo la cabeza... y por una florero —se susurró para sí mismo mientras se alejaba con rapidez del lugar.

Capítulo 10

Dos semanas más tarde...

Harriet observó el carruaje detenido frente a su hogar desde la ventana de su habitación. Se suponía que ella se tendría que haber estado preparando para el baile de lady Saint Leger, pero no era así. Y todo por culpa de un absurdo rumor.

Bufó, molesta con toda la situación, y se apoyó contra la ventana mientras escuchaba a sus hermanas riendo mientras se preparaban para el baile. Al menos ellas no habían sido afectadas por el mismo, pero incluso lord Marcus, quien en un comienzo le enviaba misivas e incluso la invitó a pasear más de una vez, pareció simplemente desaparecer de la faz de la tierra. Y eso le dolía. Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir y todo por culpa de algo que ni siquiera tenía una base real.

Sin mencionar que la manera en la que se generó todo fue de lo más inusual. Luego de lo ocurrido con lord Marcus, cuando ella le entregó una prenda para que pudiera ser su campeón, recibió una misiva informándole respecto al paradero de su hermana menor en Londres.

Y fue por eso que se marchó sin tan siquiera despedirse. Y no

porque se hubiese mostrado atrevida con lord Marcus y él la hubiese rechazado delante de un grupo de damas que presenciaron toda la escena.

Para colmo, todo fue en vano, porque la persona que contactó diciendo que tenía información al final jamás se presentó en donde se habían citado. Y lo único que consiguió de ello fue un supuesto escándalo aún mayor cuando dijeron que había estado esperando a lord Marcus, quien la había dejado plantada por andar con otra dama.

A partir de ese momento todo se puso extraño, y cuando Franny volvió una tarde de una reunión y les comentó lo que se rumoreaba, ella simplemente no pudo creerlo. Comprendía que se malinterpretase la cercanía entre ellos, pero no como para que se generaran rumores tan descabellados.

Entonces sus padres decidieron que por el bien de sus hermanas lo mejor sería que ella se mantuviese al margen de participar en cualquier evento importante mientras sus otras hijas se lucían.

Suspiró y se dejó caer sobre la cama. Definitivamente esa no era su idea de pasar una noche entretenida, pero suponía que al menos podría leer un rato. Había escuchado de boca de una de sus hermanas que lady Featherstone se había estado dedicando de lleno a escribir su columna y tenía interés por saber si habría alguna mención sobre lord Marcus y ella.

Afortunadamente sus hermanas adoraban las publicaciones de la dama y guardaban cada uno de sus escritos como si fuesen algo sagrado, cuando la realidad era que para la próxima temporada la mayoría de los rumores se habrían olvidados. Salvo que ocurriese algo muy excepcional.

Esto la llevó a pensar en la desaparición de su hermana. Sus padres habían mentido y dicho que se hallaba en el campo por

razones de salud y que su tío la estaba hospedando.

¿Acaso hallaría mención de Imogen en alguno de los escritos? No dispuesta a esperar un minuto más, abandonó la habitación en ropa de cama y se apresuró a la pequeña sala de estar y recogió las hojas que le harían saber si algo había sido descubierto o no.

Se volvió a sentar sobre la cama y se acomodó los lentes sobre el puente de la nariz mientras se preparaba para lo que estuviese por descubrir sobre su familia en aquellas hojas.

Sin embargo, una hora más tarde, había leído rumores sobre varias damas y caballeros, incluido Marcus, pero ninguna información que realmente le fuera concreta. Parecía más como que la dama insinuaba e incitaba a que circularan ciertos rumores, pero no se comprometía del todo con lo que escribía.

Harriet frunció el ceño ante esto. No era una actitud que fuese de su agrado. Daba la sensación de que la autora de la columna quisiera incitar problemas más que simplemente entretener a la sociedad con algunas habladurías.

—¿Sabes? A comienzos de siglo también hubo una lady Featherstone que publicaba una columna. —La aparición de su madre la sorprendió—. Fue un verdadero escándalo en su momento. En especial porque nunca se supo quién era.

—¿Y que ocurrió con ella?

—Nunca lo supe. Solo que su columna era muy popular y parecía tener una intuición especial para saber quiénes terminarían emparejados. Pero...

—¿Pero que, mamá? Dime. Ahora muero de curiosidad.

—Siempre eran parejas de lo más disparejas. Me pregunto... —Harriet vio cómo su madre paseaba la mirada por las hojas pero se apresuraba a negar con la cabeza—. No. Esta mujer solo quiere causar problemas y nada. Espero estar equivocada.

Harriet abrazó a su madre y esta le besó la frente de manera afectuosa.

—Mejor me voy a dormir, mamá. De seguro que las chicas mañana querrán contarme todo con lujo de detalles.

—Que descanses, cariño. —Y tal como cuando era niña, la arropó y luego se marchó.

Pero el sueño eludió a Harriet por un buen rato mientras sus pensamientos continuaban focalizados en su hermana menor y en quien estaba intentando hundir su reputación. Si lo de Imogen se supiera... todas sus hermanas quedarían arruinadas.

—Harriet... Harriet... ¡Harriet! —El grito de Franny finalmente logró el cometido de despertarla.

La joven pestañeó varias veces intentando enfocar el rostro de su hermana, pero sin sus lentes le era algo difícil así que finalmente se resignó a ver tan solo su forma ligeramente borrosa.

—No vas a poder creer lo que descubrí.

—Franny, ya es muy tarde, ve a dormir.

—Sé quién es el responsable de los falsos rumores que han estado circulando.

—No se te ocurra decir que lady Featherstone tiene algo que ver porque ya he leído todas sus columnas y...

—No. Peor. ¡La baronesa viuda!

—¿Quién?

—La tía de lord Willoughby.

Harriet dudó unos segundos en procesar la información. No lograba comprender qué razón podría tener la dama para semejante conducta. Fue entonces que el recuerdo del odio con el que la miró

aquella mañana vino a su mente.

De seguro no la consideraba adecuada para representar el papel de baronesa como debería hacerlo si ocurriese algo serio entre Marcus y ella. Pero dado que no era así, no había razones por las cuales preocuparse. ¿O acaso él le había dado a entender algo a su tía y de ahí la reacción de la dama?

—Necesito papel y pluma.

—¿Qué...?

—Tengo que enviar un mensaje y aclarar esta situación de una vez por todas...

Capítulo 11

Marcus maldijo por lo bajo mientras leía la nota de Harriet. De haberse tratado de cualquier otra dama hubiese ignorado el contenido de la misiva pero confiaba plenamente en la joven. Sin mencionar que tan pronto escuchó los rumores él mismo había comenzado a intentar descubrir quién lo instigaba. Lo último que esperó descubrir fue que su tía era responsable de los mismos.

Caminó de un lado al otro de la habitación con la carta en la mano mientras consideraba cual sería el mejor plan de acción para contrarrestar el daño causado por la dama viuda.

Al menos los rumores no habían hallado sustento tangible alguno debido a que él se había asegurado de mantener su distancia de Harriet precisamente para no incentivar las malas lenguas. Aunque había odiado cada instante de ello. Después de haber tenido la oportunidad de disfrutar de su compañía, tener que sufrir días sin la misma había sido una tortura inesperada.

—Milord... hay algo que debe ver. —La seriedad en el rostro de Fergus le indicó que lo que fuera, no iba a agradarle en lo más mínimo.

Con preocupación aferró la nota que su valet le acababa de

ofrecer y tan solo luego de leer unas líneas supo que iba a tener que tomar medidas más drásticas de las que había considerado originalmente para boicotear el plan de la despiadada dama.

—Haz que tengan preparada mi montura, por favor.

—Por supuesto, milord.

—Si no recuerdo mal hoy era la fiesta en el jardín de lady Whitmore.

—Así es, milord. Y van a estar presentes muchas de las mismas damas de la otra noche. —Marcus sabía a qué se refería. La noche del evento de lady Coventry, de cual Fergus había tenido la amabilidad de informarle que se rumoreaba que cierta dama podría ver su reputación comprometida si se descubriese lo ocurrido.

Aunque él odiase la idea de tener que jugar a ese juego, era consciente de que las reglas de la alta sociedad no le daban otra opción. Si con ello lograba liberar a Harriet de todos aquellos malignos rumores estaba más que dispuesto a rebajarse a ello.

Con eso en mente se apresuró a abandonar su residencia. Debía llegar cuanto antes a la reunión y tan solo hacer circular cierta información para que cayera en manos de unas pocas damas que después se encargarían de esparcirla.

A todo galope cruzó la ciudad, y por un momento temió no haber llegado a tiempo hasta que ingreso al jardín y se encontró con que la mayor parte de las damas habían asistido. La perfecta situación para esparcir un rumor.

—Lord Willoughby.

—Lady Whitmore. —Se apresuró a realizar una reverencia ante la pomposa dama, quien le coqueteó encantada—. No me hubiese perdido su evento por nada del mundo.

—Temimos que no viniera, milord. Dada su ausencia en todos los eventos desde que regresamos del cumpleaños de su tía y cómo esa

celebración fue inesperadamente pospuesta...

—Con las constantes lluvias hubiese sido una pérdida de tiempo el continuar con las justas. Mejor posponerlo hasta que las condiciones fuesen más propicias.

—Claro. Por supuesto.

—Lady Whitmore. Disculpe mi indiscreción pero sé que usted está al tanto de todo lo que siempre ocurre y me preguntaba si me podría ayudar.

—Por supuesto, milord.

—Un caballero conoció a cierta dama en la noche del evento de lady Conventry.

—Pero... eso fue en un salón.

—Según recuerdo me mencionó unos hermosos jardines con un laberinto en el centro del mismo.

Repentinamente los ojos de la dama se iluminaron y se le acercó en gesto conspirativo.

—Quizás, si me pudiese dar más datos...

—La dama vestía de color verde. Usted sabe cómo nosotros los caballeros no sabemos de telas. Pero él me comentó que era toda una belleza de cabellos castaños. —Marcus supo el momento exacto en que la dama se volvió consciente de que se estaba enterando en exclusiva de un rumor que nadie más sabía, casi podía verla regodearse en ello, pero se las arregló para mantener la compostura —. Espero poder contar con su discreción, pero si llegase a saber quién era ella que paseaba por los jardines...

—Claro. Por supuesto, milord. Estaré al tanto por si escucho algo al respecto.

—Se lo agradezco tanto, milady. Mi amigo espera con ansia volver a reencontrarse con la dama.

Y así de rápido el rumor corrió como reguero de pólvora. Marcus

estaba seguro de que ya cada dama le había agregado su propio detalle al mismo y como aquella noche fueron muchas las que vistieron de verde dado que se había rumoreado que los hombres del clan De Warenne iban asistir y ese era su color favorito, pronto toda la ciudad entera sabría sobre el mismo y así él se aseguraba de que su tía no pudiera causar más daño del que ya había hecho.

Satisfecho consigo mismo, se marchó de la fiesta. Ya era hora de que enfrentase a la dama en cuestión y dejase las cosas en claro, si no se vería obligado a recluirla en el campo por un tiempo hasta que comprendiera que él no iba a dejarse manipular como lo hiciera su tío.

Capítulo 12

Un mes más tarde...

Harriet ignoraba qué fue lo que ocurrió con la tía de Marcus, solo que, según Franny, la dama había optado por irse de viaje por un tiempo y recorrer las grandes capitales de Europa. Y que así como la dama pareció desaparecer de un día para el otro, con la misma velocidad se acallaron los rumores que circulaban respecto a ella y lord Marcus.

Ahora los rumores que circulaban estaban basados todos en hecho concretos. Porque no solamente él bailaba con ella y conversaba con ella en cada evento sino que más de una vez, escoltados por lady Selene, habían salido a pasear.

Ella había intentado no ilusionarse al respecto de eso. Y lo justificaba con que él se mostraba amable ante su obvia incapacidad para descubrir información sobre el paradero de su hermana menor. Eso era todo.

Pese a su reputación y lo ocurrido entre ellos aquella extraña noche en que rescató a Winnie, él se había comportado siempre como un perfecto caballero, lo que también le facilitaba el estar segura de que no había nada más entre ellos que una posible

amistad.

—¿Estas lista? Lady Selene nos espera abajo. —Franny, como de costumbre, irrumpió en su habitación viéndose deslumbrante con un vestido verde esmeralda que resaltaba sus cabellos dorados y sus ojos azules, y por unos instantes Harriet deseó poder verse como ella. Eso de seguro desviaría la atención de lord Marcus hacia temas más intrigantes—. ¿Harriet? ¿Te encuentras bien?

—Sí... Sí. Tan solo pensando un poco.

—¿En cierto caballero que parece un personaje de esas novelas góticas que tanto te gustan?

—No. Tan solo pensaba en Imogen y cómo puede ser que se las haya arreglado para marcharse de esa manera sin que ninguna de nosotras siquiera sospechase cuáles eran sus planes.

Esa era la primera vez que decía en voz alta sus sospechas respecto a Imogen. Sin embargo, la calmada reacción de Franny la sorprendió.

—Al principio creí lo mismo que tú. Que quizás alguien se la había llevado o algo por el estilo, pero luego noté que varias de sus cosas no estaban.

—Cosas que tan solo eran importantes para ella —susurró Harriet.

—Exacto.

—¿Crees... crees que debería decírselo a Marcus? —le susurró a su hermana no queriendo que el resto de ellas supieran de lo que estaban hablando.

—Quizás sea lo mejor. Me dijiste que sus contactos tampoco hallaron nada concreto y eso también es llamativo.

—De acuerdo. Esta noche hablaré con él y le contaré nuestras sospechas.

Marcus observó a las dos jóvenes entrar al salón, pero su mirada de inmediato fue capturada por la de cabellos rubios oscuros y vestido burdeos. Aquella noche se veía particularmente bella con sus hombros expuestos, exhibiendo su piel cremosa. Ignoraba a qué se debía, pero Harriet irradiaba un aura a la que él simplemente no se podía resistir. Y no lo hizo. Apenas su mirada se cruzó con la de lady Selene, no dudó en acercarse al trío.

—¿Me permitiría esta pieza, señorita Leith?

Ella vio ruborizarse y asentir con timidez. Él la había invitado a bailar en cada evento y ella siempre tenía la misma reacción: como si no pudiera creer que él realmente lo estuviese haciendo. Esta vez no fue diferente; sonrojada, aceptó su mano y lo siguió a la pista de baile.

Ambos comenzaron a realizar los pasos y fue entonces, en un giro, que vio la pequeña marca de nacimiento en su omoplato derecho. Una pequeña marca de nacimiento con forma de corazón que aquella noche varios meses atrás él creyó que era tan solo maquillaje. Ahora comprendía por qué su boca lo fascinaba. ¡Harriet era su misteriosa dama de la noche!

Sintió que el corazón comenzaba a latirle desbocado mientras las razones por las cuales ella pudo haberse hallado ahí esa noche se cruzaban por su mente. Sabía que su aire de inocencia fue algo sincero pero aun así... ¿y si había ido a encontrarse con algún misterioso amante?

Esa idea lo enfureció y tan pronto finalizó el baile, se encontró escoltando a la joven hacia los jardines. Lady Selene, a quien nada se le pasaba por alto, pareció materializarse de la nada y sin decir una palabra lo siguió. Él le agradeció su apoyo con una silenciosa inclinación de cabeza.

—Era imposible respirar ahí adentro —dijo Harriet inhalando

hondo y disfrutando del aire nocturno.

—¿Por qué me lo ocultaste?

—¿Qué... cosa?

—Sabes de lo que estoy hablando, Harriet. Creí que confiabas en mí.

Harriet de inmediato se sintió culpable. De seguro había descubierto sus sospechas sobre Imogen.

—Quise decírtelo, pero no estaba segura de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque pensé que estaba siendo absurda y no tenía importancia

—susurró avergonzada, pero ante el ceño fruncido de él no supo qué más decir.

—¿Y con quien te ibas a encontrar tampoco me lo vas a decir?

Confundida, esta vez fue el turno de Harriet de fruncir el ceño, no tenía ni idea de qué le estaba hablando Marcus y su rostro debió dejarlo en claro porque él la miró sorprendido.

—No sé quién me envió el mensaje, por eso me fui de la fiesta de cumpleaños si es a eso a lo que te refieres...

—Harriet...

—Luego surgieron esos rumores y tuve tiempo para pensar en Imogen y en todo lo ocurrido.

—Harriet...

—Ella se fue por propia voluntad. Lamento tanto todas las molestias que causé, milord.

—Marcus.

—Marcus. Jamás quise...

—Harriet...

—Yo tan solo... —Pero antes de que pudiera decir una palabra más, él la sujetó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

No fueron conscientes de nada mas hasta que finalmente Ciarán los interrumpió. Pero sorprendida y aturdida como estaba Harriet, tardó en comprender lo que le estaban diciendo hasta que finalmente vio la letra en la misiva que el caballero sujetaba en la mano... Era la letra de su hermana Imogen. Fue entonces que todo se volvió demasiado para ella; miró a Marcus y antes de poder decirle alguna otra palabra se desvaneció en sus brazos.

Capítulo 13

—Se casó —masculló Marcus, y le pasó la misiva a Ciarán, quien le dio una rápida leída a la nota y maldijo por lo bajo.

—Esa mocosa se merece una buena lección.

Muy a pesar suyo, Marcus asintió. Harriet había estado frenética con la desaparición de Imogen. Y resultó que la joven se había fugado con un americano que había conocido en un té y con el cual había estado intercambiando correspondencia pero siempre bajo una identidad falsa para que nadie en el hogar de los Leith sospechase nada.

—Tan solo pensar en lo que Harriet estaba dispuesta a hacer por rescatarla y resulta que la mocosa estaba disfrutando de la dicha conyugal en América. —Marcus comenzó a pasearse por la habitación mientras hablaba—. Incluso aceptó ayudar a lady Selene a hallar a Ángela en la celebración de mi tía. Pudo haber puesto su vida en riesgo si ese hombre...

—Tu jamás lo hubieras permitido.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces presumo que comprometerla es todo parte de un plan mayor?

—Ese fui yo perdiendo en control, pero es que con ella... me vuelve loco —confesó finalmente el caballero, a lo que su acompañante asintió comprensivo.

—¿Y tu tía?

—Si por un instante cree que siquiera consideraría casarme con ella, está muy equivocada. Es lo último que haría incluso si ella fuese la última mujer en la tierra.

—Pero entre ustedes...

—Jamás hubo nada. Todo está en su mente y más le vale aceptarlo. Yo ya escogí a mi baronesa, y no es ella.

Harriet contuvo la respiración mientras se llevaba una mano al pecho en donde podía sentir cómo el corazón se le partía en mil pedazos. Había despertado hacía unos instantes atrás, y con ayuda de Franny decidió agradecerle a lord Marcus toda su asistencia. Si le sorprendió hallarse en su hogar, incluso en la que era una habitación de invitados, no había estado dispuesta a cuestionarlo. En especial no después de que la besase de aquella manera.

Creyó que finalmente su sueño se estaba cumpliendo. Pero, por lo visto, no era así. Si lo que acababa de escuchar era una indicación de algo, era que todo había sido un terrible error y ella no tenía nada que hacer en la vida de lord Marcus.

—Ven. Vamos. —Con un brazo aún envuelto en torno a su cintura, Franny la instó a regresar a la habitación, en donde la ayudó a vestirse con rapidez—. Dame unos minutos y podremos marcharnos.

Harriet asintió queda, con las palabras de Marcus aún resonando en sus oídos. ¡No podía creer que fuera tan ingenua! Se sintió enojada consigo misma por haber sido tan inocente y al mismo

tiempo, a medida que el enojo fue cediendo, una profunda tristeza tomó su lugar. Realmente se había enamorado de él... tan solo para descubrir de una forma cruel que no era correspondida y después de que Marcus se atreviera a besarla delante de todos los invitados al baile.

Él la había comprometido y seguro por eso la trajo a su casa, pero ella no se iba a quedar. Tan pronto Franny regresase, se marcharía. Se iría a la casa de su tío en el campo, él de seguro no tendría problemas en recibirla, considerando lo generoso que se había mostrado con todas ellas hasta el momento.

Con eso en mente abrió la puerta para hallarse cara a cara con su hermana, quien tenía el rostro parcialmente cubierto con una chalina y se apresuró a cubrirla a ella con una prenda muy similar.

—El ama de llaves me las prestó. Vamos. El cochero nos espera afuera.

Ambas se escabulleron en silencio hasta el carruaje, al cual subieron sin contratiempos. Harriet se dejó caer en el asiento abrumada por la tristeza. Había mantenido la ilusión de que él detuviese su partida, pero cuando eso tampoco ocurrió, finalmente se resignó a lo inevitable.

Estaba arruinada. Lo mejor sería retirarse al campo y ofrecerse a cuidar de su tío y luego viviría su vida como una solterona. Eso haría. De seguro Franny la visitaría y con el tiempo ella podría regresar a la ciudad.

—Todo va a salir bien, Harriet. Ya lo verás. —Su hermana le apretó la mano en gesto de apoyo y ella se lo agradeció, pero pronto su visión se volvió borrosa y grandes sollozos escaparon de su interior —. Oh, Harriet...

La joven se apresuró a sentarse a su lado y la abrazó con fuerza sin decirle nada más, tan solo permitiéndole desahogarse... y eso era

lo mejor. Cuanto antes se liberase de la tristeza que la embargaba, antes podría planificar qué haría con su vida... sin Marcus en ella.

—Me quedaré contigo por un tiempo. Me parece que ambas necesitamos alejarnos de Londres.

Harriet tan solo asintió, y el resto del camino fue recorrido en silencio.

Capítulo 14

Un mes más tarde...

Marcus se detuvo frente a elegante residencia que, pese a hallarse en el campo, no por eso se veía menos majestuosa. De hecho, estaba seguro de que lord Leith había procurado que todas las comodidades estuviesen a su disposición cuando se instaló ahí en vez de hacerlo en la ciudad a diferencia de muchos de sus pares.

Le entregó su montura a un sirviente, que se le acercó y se preparó para convencer al caballero de que le permitiera hablar con Harriet porque hasta el momento sus cartas habían sido devueltas a excepción de la última, que vino acompañada de una breve misiva en la cual ella le informaba que no volvería a estar en contacto con él.

Y eso era algo que él no estaba dispuesto a aceptar. Le había costado su buen tiempo, pero finalmente había logrado descubrir su ubicación luego de que una de sus hermanas menores escuchase su versión de los hechos. La joven se había compadecido de él e incluso le había explicado la manera más rápida de llegar a la propiedad de su tío.

Sin embargo, no estuvo preparado para la visión frente a sus ojos

cuando las puertas se abrieron. Harriet, quien obviamente había perdido peso y estaba ojerosa, le seguía pareciendo la mujer más bella del mundo, de pie frente a él en gesto desafiante.

—Solo estoy aquí como favor a mi tío, quien no ha hecho nada más que tratarme como si yo fuese su hija, lord Willoughby.

—Harriet, por favor...

—No comprendo la razón de su visita, pero le pido se apresure, que tengo un día muy ocupado.

—Maldita sea, Harriet. Escúchame, por favor.

—Ya escuché más que suficiente de usted esa noche, milord. Creo que no hay nada más que hablar.

—¿Esa... noche?

Repentinamente Marcus comprendió la misteriosa desaparición de Harriet y su fría conducta de aquellos momentos. Ella había escuchado su conversación con Ciarán. Y por lo visto, solo lo referente a su tía, y tan solo asumió que hablaba solo ella, pero él la sacaría de su error.

—¿Necesita algo más, lord Willoughby?

—Una oportunidad, pero que en estos momentos no sabría aprovechar como la situación lo amerita. Por favor, Harriet, solo necesito que sepas que no todo es como tú crees.

—¿Qué...? —Ella ahora lo miraba por completo confundida, y fue ese momento el que él aprovechó para robarle un beso.

—Tan solo déjame demostrarte cómo son las cosas en verdad.

Dicho lo cual, aceptó su montura de manos del sirviente y se marchó con la misma velocidad con la que había llegado. Tenía mucho por planear para lograr reconquistar a su Harriet y muy poco tiempo para hacerlo. Y para ello necesitaría la ayuda de sus nuevos amigos. Estaba seguro de que lady Selene aceptaría más que gustosa en ayudarlo.

Capítulo 15

Dos meses más tarde...

Noche de Halloween

Residencia Hawthorne

Harriet aún no podía creer que se dejara convencer de asistir al evento en casa de lady Hawthorne. De hecho, de no ser porque la mismísima lady Selene viajó para entregarle la invitación en persona, se las hubiese arreglado para no asistir a tal cita.

Sin embargo, en vez de susurros y miradas de reproche, todos los presentes la observaban con genuina curiosidad, como si su ausencia repentina luego de lo ocurrido en la noche del baile no hubiese sino nada más que un mero detalle.

Eso la puso aún más nerviosa de lo que ya estaba. Lidar con estar en boca de todos era algo para lo que se había preparado mentalmente, pero no para esa actitud tan poco característica luego de ella ser la protagonista del escándalo de la temporada. ¿O acaso habría pasado algo aún más importante y ella no se había enterado? Considerando lo cotillas que eran sus hermanas, lo dudaba mucho en especial porque Franny y ella se habían vuelto inseparables luego de todo lo ocurrido.

—Señorita Leith... —La voz de la duquesa viuda de Kensington enseguida hizo que el estómago se le contrajera de nervios.

—Milady... —susurró mientras realizaba una reverencia.

—Es una alegría verla finalmente repuesta y de regreso con nosotros. Aunque sabía que jamás se perdería un evento como el de esta noche. Escuché que lady Hawthorne tiene preparada una sorpresa muy especial... Ojalá sean fuegos artificiales. Me fascinan.

Sorprendida por la amabilidad de la dama, conversó con ella unos instantes hasta que repentinamente lady Selene apareció y sujetándole la mano hizo que la siguiera hacia una mesa en donde había una enorme torta.

—Madre decidió que en vez del tradicional budín sería más apropiada una torta para celebrar la ocasión.

Harriet tan solo asintió, sorprendida ante la creación de tres pisos y de la cual salían varias cintas. Y fue por eso que cuando lady Selene le entregó una de las mismas, la joven no se rehusó. Con su suerte, de seguro terminaría tan solo confirmando su estado actual y le tocaría el símbolo de la eterna soltería... el dedal. Aunque no comprendía por qué los objetos estaban atados en vez de descubrir de qué se trataban mientras disfrutaba del delicioso postre.

—Y ahora, damas, por favor, tengan la gentileza de tirar con suavidad de sus cintas —anunció lady Desdémona interrumpiendo sus pensamientos.

Distraída, hizo lo que le pidieron, y para su sorpresa se encontró con una bella sortija en la cual resplandecía un diamante. Confundida, lo observó con detenimiento, no comprendiendo su significado y temiendo tocarlo.

—¿Milady?

Harriet sintió que se olvidaba de respirar cuando Marcus, ataviado con su usual ropa oscura, se incoó frente a ella.

—¿Qué...?

—Estoy cumpliendo mi promesa. Te demuestro que lo que siento por ti es real, Harriet.

—Pero, lo que dijiste aquella noche...

—Me refería a mi tía. No a ti.

—¿Qué?

—¿Aceptarías ser mi esposa, Harriet?

—Sí... Sí. ¡Sí! —Y se lanzó a sus brazos para luego cubrirle el rostro de besos mientras él le colocaba el anillo en el dedo, luego de lo cual le robaba un apasionado beso.

Todos los invitados aplaudieron a su alrededor y Harriet se sintió en un sueño, pero sabía que no lo era cuando Marcus volvió a besarla, y notó el peso del anillo en su dedo. Todo era real y muy pronto él sería su marido.

—Tú eres mi corazón, Harriet.

—El corazón del Caballero Negro.

—Por siempre y para siempre.

Agradecimientos

A Lola Gude y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

A mi peque A. Gracias por tu constante apoyo y paciencia lidiando con mi caos tecnológico y por ser mi taurina incondicional.

¡Las adoro!

Si te ha gustado
El corazón del caballero negro
te recomendamos comenzar a leer
Conociendo a Harvey
de *Caryarit Ferrer*



Prólogo

Johanna colgó el teléfono con manos temblorosas, no sabía cómo procesar la noticia que le habían dado. Se debatía entre gritar de emoción y tener un ataque de pánico por la responsabilidad que estaba a punto de asumir. Hacía un año que había solicitado ser madre de acogida, y después de un tiempo en el proceso, le habían asignado una pequeña que vivía en una casa hogar en el norte de Madrid. Sabía que la llamada llegaría en cualquier momento desde que le habían dicho que las pruebas psicológicas la habían dado como apta, pero no era capaz de creerlo. Vivía con el miedo de que le dijeran que todo había sido un error y de que no era capaz y que jamás en la vida dejarían un niño a su cuidado. Miró a sus papás, estaban sentados en su piso de Madrid, celebrando el cumpleaños de su mamá, Johanna había cocinado una lasaña de berenjena, su plato favorito, y ambos la estaban mirando fijamente, la conocían suficiente para saber que algo importante había pasado.

—¡Niña, que estás pálida como un fantasma! ¿Quién te ha llamado?

—Mamá —dijo sentándose en una silla—, me han asignado una niñita, voy a ser una mamá de acogida a partir de mañana.

—¡Esto merece una celebración! Manolo, ve, abre una botella —ordenó a su esposo.

Su papá fue diligente a la cocina, buscando vino. Al principio sus padres no entendían muy bien por qué ella había decidido acoger un niño en vez de tener hijos propios, le habían insistido en que se

abriera «el “tindes” ese y se buscara un novio nuevo», pero con el tiempo se habían hecho a la idea. Ahora estaban contentos de poder malcriar a un pequeño cada vez que fueran de visita a Madrid.

—¡Cuéntame más! —dijo su madre sentándose a su lado—. ¿Qué te han contado de la niña?

—Es una niña de 3 años, se llama Melissa.

—3 años, tal vez ya habla, y ya puede comer todo tipo de comida, eso te facilitará un poco las cosas.

—Tengo que ir a buscarla mañana. —Johanna no estaba escuchando lo que decía su madre e intentaba procesar lo que acababa de pasar.

—¡Que alegría! —expresó su papá—, yo le enseñaré a conducir, está decidido.

—Manolo —dijo su madre—, ¿cómo que conducir si tiene 3 años? Apenas habrá dejado los pañales.

—No los ha dejado aún, me dijeron que comprara —explicó Johanna, miraba a un punto en el vacío y se frotaba nerviosamente las manos—. Mamá, ¿qué voy a hacer? Aún no tengo nada para recibirla, necesita una cama, y ropa, y comida, y... —Se levantó y comenzó a caminar por el piso—. Tengo que proteger las esquinas, se va a caer y se va a partir la cabeza.

—Johanna, respira. —Su madre le cogió la cara y la hizo mirarla—. No te preocupes, tienes comida suficiente; hoy vamos al Ikea, compramos una cama y unos cuantos protectores para los enchufes. Manolo irá a comprar unas cositas; y mañana, cuando llegue la niña, le compramos lo que necesite que sea de su talla por internet. En estos tiempos modernos que todo llega el mismo día no hay necesidad de preocuparse, ¿vale?

—Vale —respondió, pero Johanna realmente se preguntaba si de verdad valía para ser una mamá.

Johanna se sentó en el sofá a esperar, aguantaba el impulso de morderse las uñas. En pocos minutos vería por primera vez a Melissa, su hija de acogida. Deseaba que la primera reunión fuese bien, esperaba que la niña no notara su nerviosismo y lo insegura que se sentía. Repasó mentalmente todo lo que sabía de ella: 3 años, le gustaban los *nuggets*, *La patrulla canina* y el color púrpura. Era muy difícil hacerse una idea de alguien con tan poca información, y ella era un poco mala en gestionar la incertidumbre. Tenía la garganta seca, palpitaciones y las manos temblorosas. Si no supiera que era por los nervios, juraría que estaba teniendo un ataque cardíaco.

—Aquí está ella —dijo una trabajadora social, entrando con una niña a la oficina. Melissa ingresó tapándose la cara con las manos por la vergüenza, y lo poco que pudo ver Johanna de ella fue un cabello rubio y corto. La niña era muy pequeña para su edad, con un vestido amarillo de mangas largas y zapatos negros lustrosos. Johanna estaba ahí, parada, con un osito de peluche, conteniendo las ganas de querer abrazarla.

—Hola, Melissa, soy Johanna, y esto es para ti. —Johanna le acercó el peluche, la niña se destapó la mitad de la cara para cogerlo y la muchacha pudo ver que tenía unos ojos marrones preciosos, aunque un poco rojos, debía haber estado llorando.

—Gracias —dijo la pequeña mientras se sorbía los mocos—, ¿tú vas a ser mi nueva mamá?

—Sí —respondió Johanna entendiendo por primera vez cómo el corazón de alguien podía crecer tres tallas.

Capítulo 1

El padre biológico

Johanna apretó lo más que pudo las trenzas de Melissa y alisó las mangas del vestido de flores rojas que la niña llevaba; ese era su favorito y, aunque ya le iba un poco corto, había insistido en ponérselo ese día ya que era una ocasión muy importante para ambas. Desde hacía unos pocos meses, la niña tenía visitas con su padre biológico, y Johanna deseaba que estuviese impecable en cada una de estas, no quería dar mala imagen y que pensarán que no era una buena madre de acogida. Chequeó de nuevo que Melissa se hubiese puesto los zapatos en el pie correcto. Respiró profundamente para calmar la ansiedad que tenía y evitar seguir rayándose con cómo iría la reunión de ese día.

«Todo va a ir bien», se dijo. «Vas a ir allí, vas a ser educada con el padre de Melissa, vas a responder todas sus preguntas, van a comer, volverás a casa y no va a pasar nada malo.»

Johanna había estado cuidando a Melissa desde que era una pequeña cosita de 3 años que apenas podía formar oraciones coherentes, mediante el programa de familias de acogida de la comunidad de Madrid, que se encargaba de los casos de niños en desamparo. Eran los que no podían ser dados en adopción por tener algún familiar vivo, pero que en esos casos no podían hacerse cargo de ellos. Su pequeña había estado varios años al cuidado de una casa hogar, en manos de trabajadores que, a pesar de que hacían

todo lo posible para que no les faltara nada, no eran capaces de cuidar a todos los niños que estaban a su cargo con el mimo que necesitaban. Cuando ella se apuntó al programa luego de hacer varias entrevistas y un curso, decidieron que era apta para una acogida permanente y le asignaron a la pequeñita más alegre y complaciente que jamás había visto.

La madre de Melissa había muerto dando a luz, y el padre de Melissa, Harvey, estaba vivo, pero había sido imputado por delitos de malversación de fondos de su empresa en Reino Unido, lo habían atrapado en España y el caso había aparecido en todas las portadas de la prensa. Ahora él cumplía su condena en una prisión a las afueras de Madrid, meses antes de que naciera la niña. Recientemente había salido y había reclamado su derecho a verla, por lo que Johanna debía llevarla cada quince días a un punto de encuentro donde las esperaba un trabajador social que luego acompañaba a la niña a donde su papá los esperaba.

Melissa había nacido a los pocos días del juicio en el que lo declararon culpable. Desde entonces había pasado a manos de la comunidad de Madrid y estuvo en un centro de acogida hasta que la asignaron a Johanna.

Desde que Johanna supo que Harvey había salido de la cárcel, temía el momento en el que le dijeran que era la hora de entregar a Melissa, que debía volver con él. A pesar de saber que la suya solo era una acogida y no una adopción, la pequeña se le había metido en el corazón y no quería separarse de ella. Para ponerla aún más nerviosa, ese día le habían pedido que estuviese presente en la visita, por fin iba a conocer al padre de su hija.

Miró nerviosa la foto de él que se encontraba en la mesita de noche, la foto de él que siempre le intrigaba: un hombre guapo, que necesitaba un corte de cabello, con un cárdigan azul, con el London

Eye de fondo y el Támesis a sus pies. A su lado, en una caja de madera que él mismo había hecho, se encontraban todas las cartas que él le enviaba a la niña. Aunque ella apenas estuviese aprendiendo a leer el español, Johanna se encargaba de responderlas escribiendo lo que la peque quisiera. Peinó una vez más el cabello de Melissa mientras miraba la foto, siempre pensaba que los criminales tendrían una apariencia específica: una cicatriz, un diente de oro, un bigote retorcido. Sin embargo, nada en su cara mostraba de lo que había sido capaz. Johanna siempre se había preguntado qué lo había impulsado a desviar tanto dinero. Por lo que sabía tenía un buen trabajo, un *loft* en el centro de Londres y una buena vida. «¿Qué podía llenarlo tanto de avaricia para haberle robado casi un millón de euros a su cartera de clientes? Es una situación tan extraña...», pensó.

—Mamá —preguntó Melissa sacándola de sus pensamientos—, ¿puedo llevar mi peluche de Bob para mostrárselo a papá?

—¡Claro, pequeña! Tú ve a lavarte los dientes, ya estás lista, yo lo guardo. —Tomó el peluche y fue a meterlo en su mochila. En el espejo del armario advirtió su reflejo y se sorprendió de lo cansada que se veía, su cabello despeinado parecía las raíces de un árbol. Al ser la primera vez que vería al padre de la niña, quería estar lo más presentable posible, pero estaba claro que al quedarle solo 10 minutos para que tomara el tren que iba a la fundación, eso no pasaría. Se maldijo por haberse quedado dormida precisamente ese día. Melissa había pasado mala noche con pesadillas, y ella se había quedado dormida en una silla, cuidándole los sueños.

—¡Mamá, vámonos! —dijo la niña emocionada, corrió y abrió la puerta.

No le daba tiempo de ducharse; si perdían ese tren, el próximo tardaría 10 minutos en pasar y llegarían tarde a la cita.

—Llama al ascensor —pidió a Melissa. Se peinó un poco con las manos, se echó un poco de espray color castaño para tapar las raíces y corrió hacia el ascensor buscando los abonos de transporte, ya intentaría adecentarse un poco más en el camino.

Al entrar al edificio, la recibió Laura —la trabajadora social encargada del caso de Melissa—, y la niña corrió a saludar a un hombre que leía el periódico. Johanna supuso que era su padre. No sabía cómo la niña había sido capaz de encariñarse con él tan rápido; al fin de cuentas, apenas se conocían y solo se veían los domingos en visitas vigiladas. Ella decidió quedarse en una esquina y esperar las órdenes de la trabajadora social. Era la primera vez que entraba en esa sala de visitas, así que la miró con curiosidad. Era una habitación espaciosa, pero poco decorada; paredes de color claro, un sofá de cuero gris viejo pero limpio; un par de cojines amarillos con girasoles, unos cuantos juguetes desperdigados y poco más.

—La idea —dijo Laura— es que estén aquí un rato y luego salgan a comer, dos horas de paseo y luego cada uno a su casa.

—De acuerdo, ¿cómo estás? —preguntó a la psicóloga.

—Muy bien ¿y tú? —A Laura le gustaba estirar sus rizos al hablar, solía hacerlo distraídamente, siempre bromeaba con que era la Tyra Banks española, a Johanna le caía muy bien.

—Bien también, aunque no tanto como tú. Te ves despampanante como siempre —indicó Johanna, Laura iba vestida de manera impecable—, junto a ti me siento como una muñeca de trapo al lado de una Barbie.

—Yo la veo muy bien desde aquí —dijo una voz a su espalda, ella se giró buscando a la persona que hablaba—. Un placer conocerla,

señora Johanna.

Harvey Brown estaba de pie frente a ella, el infame bróker que había jugado con el dinero de familias importantes y el padre biológico de Melissa. Ella solo lo conocía por las fotos que había visto de él, la mayoría, en la prensa sobre el juicio. Ninguna foto lo reflejaba como lo veía ella en ese momento; sencillamente, ninguna le hacía justicia. Johanna se quedó anonadada por lo guapo que era, tenía ojos marrón intenso con pestañas pobladas que cualquier chica envidiaría, incluyéndose ella, por supuesto. Su cabello largo era marrón y abundante, igual al de la foto de la habitación de Melissa; una barba bien cuidada rodeaba unos labios carnosos que se veían muy *besables*; y con una camisa negra y corbata roja, no se parecía en nada a cómo ella imaginaba que luciría un ex convicto, excepto por el aura de seguridad que lo rodeaba, la misma que tenían las personas que habían visto mucho y habían sobrevivido a casi todo.

Buscó a Laura con la mirada para ver si le daba alguna indicación y la encontró en un rincón, hablando con Melissa, quien le contaba una historia de manera muy teatral. Laura escuchaba a la niña, pero también los observaba a ella y a Harvey. Johanna supuso que quería dejarlos conocerse sin inmiscuirse mucho.

—Puede llamarme Joha —se presentó y le ofreció la mano, Harvey la observaba fijamente, una corriente recorrió el cuerpo de Johanna.

«Tienes que calmarte», se dijo. «Solo porque hace mucho que no estás con un hombre no tienes que antojarte de uno tan inapropiado», sus pensamientos fueron interrumpidos por un abrazo repentino.

—Quiero agradecerle por haber cuidado todo este tiempo de mi niña. —A pesar de que hablaba español mucho mejor que lo que lo escribía, tenía un acento muy marcado—. Todos estos años *encerrado* en esa cárcel, temía por ella. —¿Acaso Harvey estaba

llorando?—. Pero sabía que estaba bien, cuando me dijeron que alguien había decidido cuidarla me alivió mucho, mi niña está bien gracias a usted.

—Gracias —dijo cortada, se separó de él y buscó una toallita en su mochila para ofrecerle.

—Muchas gracias. —Se secó las lágrimas—. Permítame ayudarla con la mochila. —Se la colgó al hombro y tomó también el abrigo de ambas—. Sí que es pesada, ¿no? ¿Suele llevar siempre tantas cosas?

—Bueno, es lo normal, llevo una muda de ropa para ella, por si acaso, toallitas, chuches, una manzana, algún juguete, por si necesito que se distraiga, y su medicina para las alergias.

—¿Alergias? ¿Qué tipo de alergias? —preguntó interesado—. ¿*Peanut butter*?

A Johanna la ofendió que lo preguntara, Melissa siempre había sido alérgica al apio y a los frutos del mar y debían ser muy cuidadosos, ¿es que acaso ni siquiera había leído el informe que le entregaron de la niña? ¿Para eso ella tardó horas revisándolo y haciendo anotaciones? Su molestia debió notársele en la cara porque, desde el rincón del fondo, Laura le lanzó una mirada severa. «Johanna, respira», se dijo. Recordó que era importante que Melissa no notara tensión entre ellos para que el cambio de casa y de vida se hiciera de la manera más tranquila posible. Si cualquiera de los dos daba un paso en falso, el trastorno de apego de la niña podría regresar. Desde hacía unos meses había hecho bastantes progresos y no podían arriesgarse. Respiró profundo y contó hasta diez. Harvey tenía una sonrisita que le demostraba que se había dado cuenta de su debate interno y que lo estaba disfrutando.

—No, creo que Melissa nunca ha comido mantequilla de cacahuete.

—¿Nunca? —dijo él sin poder creérselo—. ¡Pero si a los niños les

encanta! Con un poco de pan es...

—Papi, papi —la niña lo cortó y se le colgó del brazo reclamando su atención—. ¡Mira mi peluche!

—¡Oh! Un peluche... —dijo. Johanna lo notaba incómodo, como si no supiese interactuar con una niña. Se preguntaba si todas las visitas anteriores habrían sido así. «Aunque es más normal que no sepas cómo tratar a tu hija cuando has pasado los últimos 6 años en prisión y ni siquiera la viste nacer», quiso decir, pero se mordió la lengua.

—Papi, ¿este regalo de cumpleaños es para mamá? —Con tanta distracción, Johanna no se había fijado en una bolsa de regalo con diseño de princesas que estaba sobre la mesa, junto a la billetera de Harvey—. Mira, mamá, ¡papá te trajo un regalo!

—Gracias —dijo recibiendo la bolsa que le tendía la niña. No pensaba que fuese buena idea explicar allí que, debido a la incapacidad de su padre de leer información importante, probablemente no sabía que era su cumpleaños, pero se mordió la lengua, era demasiado complicado. Dentro de la bolsa había una bufanda rosa chicle de Hello Kitty que claramente no era para ella, y le costó aguantar una carcajada.

—Perfecta para este invierno tan frío.

—Hoy es tu cumpleaños ¿no? —agregó Harvey siguiendo el juego—. Espero que encuentres útil la bufanda.

—Cumpló 29 años mañana, es una bufanda encantadora, gracias. —Se la puso bajo la atenta mirada de Melissa y de Laura, quien parecía reprimir una carcajada, y les mostró el pulgar en aprobación.

—Papi, vendrás mañana a la fiesta de cumpleaños de mamá, ¿verdad que sí? —preguntó la niña, y Johanna no pudo evitar abrir los ojos como platos.

—Seguro que está muy ocupado —dijo intentando evitar a toda

costa esa situación, no estaba preparada para lo raro que sería tenerlo a él, Harvey Brown, en su casa y con sus amigos—. Y no es realmente necesario que acudas. No te preocupes.

—No tengo ningún plan, asistiré encantado. —Parecía sincero, y Johanna no sabía cómo negárselo sin quedar como la mala de la película.

—Me parece un plan genial —los interrumpió la psicóloga—. Melissa, ve a jugar con tu peluche un momento mientras hablo con tus padres de cosas de papeles.

—Vale —dijo, y se fue dando pequeños saltitos.

—De acuerdo. —Laura los alejó de la niña hacia la esquina contraria de la habitación—. Es importante que ambos pasen tiempo con ella y que tengan una relación cordial, ya que la oportunidad se ha dado de manera orgánica, debemos aprovecharla, eso hará que la transición sea menos traumática para ella.

—Está bien —respondió Johanna de mala gana. Debía notársele la consternación en la cara porque Harvey decidió mostrarle su apoyo, colocándole una mano en el hombro, ella sintió una calidez allí donde la tocaba.

—Sé que la situación no es la ideal para ninguno de los dos —continuó Laura—, pero tienen que hacer un esfuerzo, lo importante aquí es la niña. —El discurso era para ambos, pero miraba fijamente a Johanna.

—De acuerdo —asintieron al mismo tiempo.

—Melissa, ¿nos vamos? —dijo Harvey.

12 de diciembre de 2016

Querida Melissa:

Me han dicho que te mudas a una casa nueva, que tendrás un nuevo hogar donde vivir, que una señora te ha acogido y que ella te cuidará hasta que yo pueda volver a verte. Sé que aún eres muy pequeña para poder leer estas cartas, pero espero que tu nueva cuidadora me haga el favor de leerlas para ti. Trataré de escribirte cada vez, creo que hacen los envíos una vez por mes.

Aquí donde estoy cada día es igual, es una rutina que debo cumplir siempre, al principio me volvía loco, pero con el tiempo me he ido acostumbrando, es importante cumplir con las reglas si quiero verte pronto. ¿Tú cómo pasas tus días en tu nueva casa? Me encantó la foto en la que estabas con un peto rosa y comías helado con tus amiguitos, te pareces mucho a tu madre, espero que esté cuidándote desde el cielo.

En las noches, a veces me pregunto si estarás bien, si comes tus verduras, si ya sabes los colores, si estás sana, si eres feliz, si te preguntas dónde está tu papá. Desearía poder verte y hablar contigo, así sea solo unos minutos. Cuento los días para volver a verte. Te juro por todo lo que me es sagrado que me estoy esforzando para poder salir de aquí y recuperarte, que seamos una familia y poder recuperar todo el tiempo que hemos perdido por mi culpa.

Espero poder saber de ti muy pronto.

Te quiere, papá

P.D.: Señora Johanna, ¿cómo está la niña? ¿Está bien en su casa nueva? Dígame si puedo hacer algo para ayudarla.

**Hasta el más oscuro de los corazones
despertará al amor y lo protegerá con su vida.**



La señorita Harriet Leith, una perfecta florero, tan solo espera atravesar otra aburrida temporada cuidando de sus hermanas menores. Sin sobresaltos, ni eventos inesperados. Sin embargo, todo esto cambia gracias a sus dos alocadas hermanas menores y pronto se encuentra atravesado una excitante última temporada que la llevara a los brazos del hombre que ella menos esperaba.

Lord Marcus Royce Davenport, más conocido como el Caballero Negro, único heredero del barón de Willoughby, esperaba tener una temporada tranquila. Pese a saberse un buen partido estaba decidido a pasarlo bien con sus viejos camaradas y mantenerse lo más alejado posible del mercado matrimonial.

Sin embargo, las circunstancias hacen que sus caminos se crucen y a partir de ese momento sus destinos parecen estar entrelazados.

¿Podrá Harriet conquistar el corazón del libertino caballero?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2021

© 2021, Kathia Iblis

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-84-1

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

El corazón del caballero negro

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Kathia Iblis

Créditos